

REVISTA

IX

9Marcas

Edificando iglesias sanas

**La doctrina de
la conversión**

Edición #8





REVISTA
9Marcas

PENSANDO BÍBLICAMENTE PARA
EDIFICAR IGLESIAS SANAS

La doctrina de la conversión

es.9marks.org | revista@9marks.org

**Herramientas como esta son provistas por la
generosa inversión de los donantes.**

Cada donación a 9Marks ayuda a equipar a líderes
de iglesias con una visión bíblica y recursos
prácticos para reflejar la gloria de Dios a las
naciones a través de iglesias sanas.

Donaciones: www.9marks.org/donate.

Editor Español: Daniel Puerto
Director Editorial: Jonathan Leeman
Generente Editorial: Alex Duke
Maquetado: Rubner Durais
Gerente de producción: Simona Gorton
Director Internacional: Rick Denham
Presidente de 9Marcas: Mark Dever

Si usas cheque, puedes hacerlo a nombre de
«9Marks» y enviarlo a:
9 Marks
525 A St. NE
Washington, DC 20002

Amazon ISBN: 9781790271924

CONTENIDO

4

Nota del editor

Daniel Puerto

LA ENSEÑANZA BÍBLICA SOBRE LA DOCTRINA DE LA CONVERSIÓN

6

¿Qué es la conversión?

Gerson Morey

7

La hermosura de la conversión

Jared Wilson

11

La conversión y la historia de Israel

Thomas R. Schreiner

14

La conversión en el Nuevo Testamento

Thomas R. Schreiner

17

La conversión: Dios y el hombre

Stephen Wellum

ASPECTOS PRÁCTICOS DE LA DOCTRINA DE LA CONVERSIÓN

21

Cuál es el rol del Espíritu Santo en la conversión

Hector Candelaria

23

La conversión requiere arrepentimiento

Michael Lawrence

26

La conversión requiere fe

Michael Lawrence

30

¿La regeneración precede necesariamente a la conversión?

Thomas R. Schreiner

32

¿Qué significa realmente estar perdido y cómo podemos dejar de estarlo?

Sugel Michelén

UNA PERSPECTIVA PASTORAL

34

La conversión y la arquitectura de su iglesia

Jeramie Rinne

37

El subestimado poder pastoral de la correcta doctrina de la conversión

Jonathan Leeman

39

Seis formas de darle una falsa seguridad a tu gente

Michael McKinley

42

Cómo tu entendimiento de la conversión impacta tu ministerio

Jonathan Leeman

LA CONVERSIÓN EN LA IGLESIA LOCAL

44

Alcanzando al «convertido»

Bob Johnson

46

El componente corporativo de la conversión

Jonathan Leeman

49

¿De qué manera «pertenecer antes de creer» redefine la iglesia?

Michael Lawrence

TESTIMONIOS DE CONVERSIÓN

53

La conversión de Lidia

Susana de Cano

55

4 lecciones importantes de la conversión de Charles Spurgeon

Allen Nelson

59

Testimonios actuales del poder del evangelio

Varios

61

Preguntas y respuestas cortas sobre la conversión

Nota del editor



Daniel Puerto

Recientemente salí, junto con un grupo de jóvenes, a compartir las buenas noticias de salvación en diferentes barrios de la capital de Honduras y, para mi sorpresa, «todos» ya habían «aceptado». Mi llamado a las personas con quienes conversaba era a arrepentirse y creer en Cristo para ser salvos. Ellos me respondían diciendo: «Yo ya acepté a Cristo».

Mi reacción después de compartir el precioso evangelio fue una mezcla de tristeza e impotencia. ¿Cómo puede ser que la mayoría de personas profesen seguir a Cristo y, al mismo tiempo, el país entero esté sumido en una crisis general de corrupción, violencia y falta de valores familiares y morales?

El Dr. Miguel Núñez describe este fenómeno de «muchos creyentes» y «poca influencia» en su libro *El poder de la Palabra para transformar una nación*. Él escribe:

Cada año Latinoamérica se convierte en una región más

evangélica. Algunos países reportan de un 30 a un 40 por ciento de la población como evangélica, con un crecimiento de un 5 a un 10 por ciento en la última década. A pesar de eso, Latinoamérica es cada vez más corrupta, más violenta y más sensual... El impacto de aquellos que alegan ser «creyentes» es muy pequeño.¹

Si la gente en las calles de Honduras dice que ya «aceptó» a Cristo, ¿por qué el país vive una crisis de corrupción, violencia y descalabro de la familia y la sociedad? ¿Qué ha fallado? Si los países en América Latina reportan de un «30 a un 40 por ciento de la población como evangélica», ¿por qué no se mira un alcance de la influencia positiva de esas multitudes de «creyentes»?

Donde quiera que los verdaderos creyentes han llegado se han fundado hospitales, escuelas, casas de cuidados a huérfa-

nos y ancianos, universidades de alta calidad y, por supuesto, iglesias sanas que predicán a Cristo y sirven a sus comunidades. Nos preguntamos, entonces, ¿qué sucede en América Latina? ¿Qué ha fallado?

Creo que no existe una respuesta rápida y fácil a la situación, pero estoy seguro que nuestra región sería mejor servida con iglesias, pastores, líderes y miembros de las iglesias locales que tengan más claridad sobre la doctrina de la conversión.

Pablo habla de la conversión de los tesalonicenses con estas palabras: «Pues ellos mismos cuentan acerca de nosotros, de la acogida que tuvimos por parte de vosotros, y de cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de entre los muertos, es decir, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (1:9-10).

¿Qué es esa conversión? ¿Cómo se produce? ¿Quién la produce? ¿Cuál es la responsabi-

¹ *El poder de la Palabra para transformar una nación: un llamado bíblico e histórico a la iglesia latinoamericana* (Medellín, Colombia: Editorial Poiema, 2016), 17.

lidad humana? Las respuestas a estas y otras preguntas son clave para comprender y explicar *qué significa* y *qué implica* seguir a Cristo. Sin claridad sobre la doctrina de la conversión y sus implicaciones no tendremos iglesias sanas.

El Ministerio 9Marks existe para equipar con una visión bíblica y recursos prácticos a líderes de iglesias para que la gloria de Dios se refleje a las naciones a través de iglesias sanas. En esta Revista 9Marcas hemos explorado la doctrina de la conversión porque

creemos que es una doctrina poco considerada entre nuestras iglesias de habla hispana. Anhelamos y oramos que una consideración profunda de estas verdades traiga cambios sustanciales en nuestras iglesias locales para la gloria de Dios y la fama de Cristo.

¿Qué es la conversión?



Gerson Morey

En tiempos donde nos sorprendemos por la rapidez con la que muchas personas se apartan del Señor Jesús, sería bueno considerar (brevemente) la doctrina bíblica de la conversión. Porque en muchas ocasiones, las personas se alejan del camino del evangelio y de la iglesia, con una ligereza que sorprende, y esto sucede solo meses, semanas o días después de haber hecho una profesión de fe.

Quizás sería de provecho, considerar todos los aspectos que deben tomar lugar en el momento de nuestra conversión y mirar de cerca los elementos bíblicos de la misma.

La conversión, desde tiempos antiguos era una realidad muy conocida entre el pueblo de Israel y la noción que esta verdad comunicaba era básicamente «volverse a Dios». Hoy en día es legítimo usar el término «conversión» en referencia al hecho de nuestra salvación, pues los escritores del Nuevo Testamento lo usaron frecuen-

temente. Son muchos los textos que hacen referencia a esta verdad (Hch. 15:3, 1 Ts. 1:9, 2 Co. 3:16).

Sin embargo la Biblia también abunda en pasajes que hacen referencia a los elementos necesarios e indispensables para la conversión, entiéndase «fe y arrepentimiento» (Jn. 3:16, Hch. 16:31, Ro. 10:9, Ef. 2:9, Lc. 24:46-47, Hch. 2:37-38; 3:19; 5:31; 17:30). En estos textos se destaca la importancia de la presencia inseparable de la fe y el arrepentimiento para recibir la salvación.

Cuando el apóstol Pablo se despedía de los ancianos y pastores en Mileto, les dio una breve reseña de la esencia de su mensaje y dijo: «testificando solemnemente, tanto a judíos como a griegos, del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo» (Hch. 20:21).

Entonces, una verdadera conversión o una conversión bíblica debe incluir arrepentimiento y fe.

La conversión de un individuo debe tener en cuenta una concien-

cia de pecado (reconocer), una profunda tristeza por haber ofendido a Dios y un propósito de corazón de abandonar la vida pecaminosa. Eso es arrepentimiento.

Asimismo, la conversión de un individuo descansa sobre una confianza en nuestro Señor Jesucristo. Esa confianza otorga la seguridad de perdón y vida eterna. Eso es fe.

Por lo tanto, podemos concluir que cuando una persona se arrepiente genuinamente de sus pecados y confía en Jesús para recibir perdón y vida eterna, tal persona se ha convertido. Menos que eso, no cumple los requisitos ni se conforma a la enseñanza bíblica de la conversión.

¿Qué es la conversión?

La conversión es nuestra respuesta (espontánea y voluntaria), al llamado del evangelio. En ella nos arrepentimos (sinceramente) de nuestros pecados y ponemos nuestra confianza (fe) en Cristo para nuestra salvación.

Gerson Morey es pastor en la Iglesia Día de Adoración en la ciudad de Davie en el Sur de la Florida y autor del blog cristiano El Teclado de Gerson. Está casado con Aidee y tienen tres hijos, Christopher, Denilson y Johanan.

Este artículo fue publicado originalmente en el blog de **Coalición por el Evangelio**. Usado con permiso.

La hermosura de la conversión



Jared Wilson

A muchas personas la doctrina cristiana de la conversión les parece todo menos hermosa. Dicen que es algo que se impone—«¡Nadie impondrá sus creencias sobre mí!». O les parece una doctrina ofensiva—«¿Quién eres tú para decir que lo que yo creo y cómo vivo esté mal?».

Es evidente que en ese sentido la hermosura depende de la perspectiva del que la contemple. Lo más importante en cuanto a la doctrina no es si es fea o hermosa, sino si es falsa o verdadera. Pero, dicho lo dicho, la verdadera doctrina de la conversión cristiana es simplemente hermosa.

En un sentido la conversión es hermosa de la misma forma en que son hermosas todo tipo de transformaciones. En el colegio los niños estudian la metamorfosis de oruga a mariposa o de renacuajo a rana. Y en la escuela dominical los niños aprenden cómo esas transformaciones ilustran el cambio en el corazón humano de estar «muerto en pecado» a ser una «nueva criatura». Se abre una flor, se rompe un huevo, un pajarito despliega sus alas por primera vez. Cada una de

estas transformaciones es hermosa a su manera, pero todas ellas también son hermosas de la misma manera. En tantos rincones de la creación Dios ha programado la revelación de su gloria que se lleva a cabo en el cambio de muerte espiritual a vida espiritual.

Una de las leyes del mundo natural es que cuando a las cosas se las deja solas, no avanzan, sino que retroceden. Todo muere. Y sin embargo en esta misma esfera Dios ha codificado la hermosura del cambio a *algo mejor* aquí y allí. ¿Acaso no es todo esto señales que apuntan a la maravilla de la salvación?

El caso es que la conversión es aún mayor que esto. Es hermosa en su sencillez (piensa en Romanos 10:9) y en su complejidad (piensa en Efesios 2:1-10).

Pero no es suficiente solo *decir* que la conversión es hermosa. Vamos a *demostrarlo*.

Hermosa en su orquestación

La conversión es hermosa en su orquestación. En la conversión hay un antes y un después; antes,

no creemos de una manera salvífica que Jesucristo es el Hijo de Dios o que Dios le ha resucitado de entre los muertos, pero después, sí lo creemos.

Esa decisión inicial de creer, de asir a Cristo con la mano vacía de la fe, es el momento cuando un pecador predestinado, ocupándose en sus asuntos, se encuentra enredado en el *ordo salutis*. Dios le tenía en la mira desde tiempos inmemoriales, pero ahora el llamamiento eficaz ha llegado a su momento designado. El camino pensado por el hombre se ha visto interrumpido por la dirección de sus pasos por parte de Dios (Pr. 16:9).

Hay un sentido en que la conversión es tanto el fruto del plan de Dios como un punto en el camino de ese plan. Sí, es un momento decisivo, pero ¡cuánta deliberación hay detrás de ese momento! Y vemos el bosquejo de esa deliberación en Romanos 8:30: «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó». Nuestros ojos pueden

contemplar a la gente arrepintiéndose y profesando su fe en Cristo, pero no pueden contemplar el eterno peso de gloria que lleva a ello y que fluye de ello.

Se podrían escribir muchos volúmenes sobre cada paso del bosquejo de Romanos 8:30. Hay hermosura dentro de hermosura dentro de hermosura. Fe como una semilla de mostaza plantada en el corazón quebrantado de un pecador desesperado es la culminación del conocimiento previo de Dios de ese pecador desde antes de la fundación del mundo. Hasta en la eternidad pasada Dios, por su gracia, pasó por alto la ofensa eterna del pecado de este individuo acumulado a lo largo de su vida, y en amor le predestinó para ser adoptado como un querido hijo. Y luego Dios envió a su Hijo unigénito para proveerle de una expiación sin pecado, para que pudiera ser justificado por la justicia de Cristo al regenerar el Espíritu su corazón de piedra. ¡Es simplemente asombroso!, ¿verdad? Y que esta semilla de la fe que justifica crezca, gracias a la fidelidad del Padre de ministrar una fe santificadora, nuevamente por la obra del Espíritu, por todo el camino hasta la promesa de la glorificación, ¡es aún más asombroso!

Hermosa en su promesa

La conversión es hermosa en su promesa. ¡Y qué promesa! ¿Acaso no consiste en conseguir todo lo que realmente queremos: aquello que tanto el santo como

el pecador esperan cada día? Todo el mundo quiere cambios. Todo el mundo quiere creer que lo malo se convertirá en bueno y que lo que está mal se corregirá. Todos tenemos nuestras ideas en cuanto a cómo eso se puede conseguir, pero, básicamente, todo el mundo quiere lo mismo: vida.

Dios ha puesto eternidad en nuestros corazones (Ec. 3:11), y desde entonces cada momento que estamos despiertos es una expresión de adoración de un dios o de otro, la expresión de nuestra innata desesperación por lo auténtico, lo verdadero, lo hermoso, la promesa de algo mejor y más justo. Bruce Marshall escribió estas famosas palabras: «El joven que llama al timbre del burdel busca, de manera inconsciente, a Dios».² Esto es cierto de todas nuestras idolatrías, sean estas el sexo o la espiritualidad, pero la verdad universal es que nadie por sí solo busca al único Dios (Ro. 3:11). Queremos que nuestros dioses sean Dios. De hecho, aquello que buscamos se encuentra en Aquel a quien de forma perversa queremos evitar.

Así que los que «encuentran a Dios» son, en realidad, los que son encontrados por Dios. Nuestro Consolador, el Espíritu, está rastreando la tierra, buscando a quien resucitar a nueva vida. Dios es paciente para con sus idólatras antes conocidos, no queriendo que ninguno de nosotros perezca, sino que todos procedamos al arrepentimiento.

² Bruce Marshall, *The World, The Flesh, and Father Smith* [El mundo, la carne y el Padre Smith] (Boston: Houghton Mifflin, 1945), 108.

to. Su Espíritu enciende las luces en nuestro corazón, clama: «¡Salid!», desde la boca de nuestra tumba, y lo increíble se hace creíble. ¡Yo puedo ser diferente! ¡Puedo cambiar! ¡Puedo conocer a Dios y así conocer la vida! Como expresa el himno: «Ninguna culpa en la vida, ningún temor de la muerte—¡este es el poder de Cristo en mí!».

El evangelio revela la verdadera esperanza tanto para mí como para este mundo. Toda la hermosura de la creación, de las artes y del esfuerzo humano en busca del progreso y de la iluminación, se resume y resulta ser verdad en Jesucristo encarnado, crucificado, sepultado, resucitado y glorificado. Y de la misma manera de que su resurrección fue las primicias, así también nuestra conversión a la fe que salva es la promesa de la conversión a la inmortalidad—que «nosotros seremos transformados» (1 Co. 15:50-53).

Hermosa en sus incontables manifestaciones

La conversión es hermosa en sus incontables manifestaciones. La conversión de las personas a la fe salvadora en Cristo es hermosa en todos los momentos decisivos que engloba. Muchos de mi generación y de otras «nos salvamos» al pasar al frente en alguna iglesia, o al levantar la mano, o al repetir una oración determinada. Y muchos de mi generación que ahora son pastores se niegan a recurrir a ese tipo de llama-

mientos especiales para invitar a la gente a responder al evangelio. Todos deberíamos tener mucho cuidado de asegurarnos de que se predique el evangelio bíblico de manera bíblica. ¡Pero qué milagro que Dios use a hombres falibles y sus medios imperfectos para manifestar el poder perfecto de la buena noticia de Jesucristo!

Yo ya no creo (como antes creía) en ese rapto antes de la gran tribulación en el que creen muchos dispensacionalistas, pero mi conversión llegó después de que el Espíritu Santo en su sabiduría usara una de esas malísimas películas de los años setenta —tipo «Dejados atrás»— para ablandar mi corazón para que anhelara a Jesús para el perdón y la seguridad. Yo ya no usaría ese tipo de medios, pero estoy agradecido por el hecho de que Dios no es tan quisquilloso en cuanto a sus métodos de llevar a sus hijos a la vida. Con él no hay nada de eso de darse aires. Su poder se perfecciona en nuestra debilidad evangelística, incluso en nuestras predicaciones y ruegos tan deficientes. ¡A mí me parece asombroso cómo Dios obra a través de, y a la vez a pesar de, nuestro ministerio evangelístico!

Al final, todas las conversiones a Cristo resultan de contemplarle como *nuestro Cristo*, la ofrenda para nuestra salvación. Un ejemplo claro es la conversión de Saulo en el camino de Damasco. Muy dramático aquel momento. Para otros, el momento es menos dramático. Un niño hace una oración en la escuela

dominical. Un hombre pasa al frente al final de un culto. Un hombre que conozco dijo que se había sentado en la iglesia todos los domingos durante casi tres años hasta que, por fin, se le ocurrió: «Espera—yo necesito ser salvo; yo necesito creer esto».

En su novela, *That Hideous Strength* [*Esa Horrible Fortaleza*], C. S. Lewis, en su inimitable manera, capta lo corriente y lo apesadumbrado de la conversión de una mujer en particular:

Lo que la esperaba allí era grave hasta el punto de la tristeza y aún más allá de ella. No había ni forma ni sonido. El moho debajo de los arbustos, el musgo en el camino y el pequeño bordillo de ladrillo no estaban visiblemente cambiados. Pero sí estaban cambiados. Se había cruzado una frontera. Había entrado en un mundo, o en una Persona, o en la presencia de una Persona. Algo expectante, paciente, inexorable, la estaba esperando sin velo o protección de por medio...

Rodeada de esta altura, profundidad y anchura, el pequeño concepto de sí misma que hasta entonces había llamado «yo» se cayó y se desvaneció, sin halagos, en la lejanía sin fondo, como un ave en un espacio sin aire. El nombre «yo» era el nombre de un ser cuya existencia ella jamás había sospechado, un ser que todavía no existía del todo, pero que se demandaba. Era una persona (no la persona que ella había pensado), y sin embargo al mismo tiempo una cosa, una cosa hecha, hecha para compla-

cer a Otro y en Él a todos los demás, una cosa que se estaba haciendo en ese mismo momento, sin elección propia, en una forma con la que jamás había soñado. Y el proceso de hacerse continuó en medio de una especie de esplendor, o de tristeza, o de las dos cosas, de lo cual ella no podía percibir si estaba en las manos que moldeaban o en el trozo que se estaba amasando...

pasando se encontró un hueco para sí, en un momento de tiempo demasiado corto como para poder llamarse tiempo en absoluto. Su mano se cerró pero sin contener nada más que un recuerdo. Y al cerrarse, sin pausa de un instante siquiera, crecieron las voces de los sin gozo, aullando y chachareando desde cada rincón de su ser.

«¡Ten cuidado! ¡Échate para atrás! ¡No pierdas la cabeza! ¡No te comprometas!», le dijeron. Y luego, de manera más sutil y desde otra parte: «Has tenido una experiencia religiosa. Esto es muy interesante. No es algo que le pase a todo el mundo. ¡Ahora entenderás mucho mejor a los poetas del siglo XVII!»...

Pero sus defensas ya se habían tomado y estos contraataques no tuvieron éxito.³

Los demonios se oponen a ella, a veces contradiciendo directamente, a veces cambiando el significado de su experiencia. Pero nada —ni siquiera ángeles o demonios— puede separar a Jane del amor de Dios. Y así, en la tran-

3 C.S. Lewis, *That Hideous Strength* (New York: Macmillan, 1970), 318-319.

quilidad de un jardín inglés, como en las oraciones llenas de expectación ante el altar del santuario, o en la intimidad de un alma solitaria leyendo una Biblia en un sillón, desciende la eternidad.

Las incontables maneras de que Dios vivifica a personas muertas son hermosas, algunas de esas personas reconociendo enseguida una serie de chocantes realidades nuevas, otras de ellas dándose cuenta de su necesidad durante un tiempo. Algunos oyen el mensaje por primera vez y responden con fe. Otros oyen el mensaje a lo largo de sus vidas y, sin embargo, no tienen los «oídos para oír» espirituales hasta un día cuando van ya muy avanzados por el camino de la vida. ¡Qué habilidad! Allí está Dios, en el gran despliegue de la experiencia humana y de la vida de cada día, en lo cotidiano y en lo espectacular, ensayando la resurrección una y otra vez. Hasta la conversión más normal y corriente es algo extraordinario. Los ángeles celebraron la primera expresión de fe salvadora de mi hija en su habitación hace unos años tanto como celebraron la de Pablo hace dos mil años. Cada conversión es un milagro. Y la gran visión beatífica de Cristo hace visiones beatíficas de nosotros (2 Co. 3:18).

Hermosa en su fuente

La conversión es hermosa en su fuente. Por cuanto el Creador

es glorioso, todo lo que hace es glorioso. Y gracias a esta vital verdad, no es lo suficientemente cierto decir que «la hermosura está en el ojo del que la contempla». La hermosura se encuentra de manera objetiva en la Deidad Trina, sea que la contemplen los mortales o no. David pide habitar en la casa del Señor y contemplar la hermosura del Señor (véase Sal. 27:4), pero aún si el Señor no contesta oraciones así, su hermosura no es por eso ni un ápice menor.

Por otra parte, la hermosura de Dios —más conocida como su gloria— se refleja, incluso se magnifica, cuanto más se contempla. De ahí que uno de los aspectos más hermosos de cómo Dios resucita a personas muertas a una nueva vida sea que estas llegan a reflejar la hermosura de él en sermones, en canciones y en corazones llenos de agradecimiento (Col. 3:16). Después de que Pedro hubiera sido testigo de los sufrimientos y de la resurrección de Cristo, pudo referirse a sí mismo como «participante de la gloria que será revelada» (1 P. 5:1). Así que responder al llamamiento del evangelio con fe salvadora es de alguna manera obtener esa hermosura, y así magnificarla. «A lo cual os llamé mediante nuestro evangelio», escribe Pablo en 2 Tesalonicenses 2:14, «para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo».

La conversión es hermosa porque Dios es hermoso. Él es hermoso en la grandeza y majestad de Su gloria, en la importante suma de todos Sus atributos y cualidades. La manera en que la Biblia habla de la hermosura de Dios es, bueno, hermosa. Desde la santidad en la que se hace hincapié en el Pentateuco a la efusividad de los salmistas, a la épica respuesta de Dios a Job, al asombro de los profetas, al testimonio de los Evangelios, a las extáticas exultaciones y divinas doxologías de las epístolas, al desconcertante Apocalipsis de Juan, la Biblia es hermosa con la intrínseca y abrumadora hermosura de Dios.

Y este Dios —este Dios maravilloso, inescrutable y santo— nos conoce, nos ama, nos elige, nos llama y nos salva. «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Co. 4:6). Con toda la hermosura de la conversión (y aún queda más de ella para ser explorada por toda la eternidad), ella encuentra su fuente en, y se queda eclipsada por, la hermosura de Dios mismo, cuya gloria se extiende sin límite y para siempre y también hasta nosotros, con el fin de que la pudiéramos contemplar, y conocer a Jesús, y ser transformados para siempre.

Jared C. Wilson es escritor, Director de Estrategia de Contenido para Midwestern Seminary y Director Editorial del sitio en internet For The Church.

Traducido por **Samantha Paz**.

La conversión y la historia de Israel



Thomas R. Schreiner

Hoy en día, prácticamente todo el mundo enfatiza que lo que tenemos en la Biblia es una historia, y con razón. Con frecuencia se ha caracterizado como: la historia de la creación, la caída, la redención y la consumación. Es decir, va de la creación a la nueva creación.

¿Dónde encaja la conversión en la historia?

Pertenece al capítulo relacionado con la redención.

Ciertamente, la conversión no es el tema central de la historia—lo que es céntrico es el propósito para el cual las personas son convertidas, el cual es también el propósito para el cual fueron creadas. Como dice la Confesión de Fe de Westminster, fuimos creados para «glorificar a Dios y gozar de Él para siempre». Viene un mundo nuevo venidero, y reinaremos en él, con Cristo para siempre, y allí veremos su rostro (Ap. 22:4).

Al mismo tiempo, la conversión es un aspecto fundamental de la historia, ya que no forma-

remos parte de la nueva creación de Dios sin ella. Y está totalmente claro por el hilo de la historia de la Biblia que alabaremos a Dios para siempre en la ciudad celestial por habernos redimido, por rescatarnos del dominio de las tinieblas y por incluirnos en el reino de su amado Hijo. Nunca olvidaremos la obra decisiva y salvadora de Dios en nuestras vidas a través de la cruz y resurrección de Cristo. Siempre será el centro de nuestras alabanzas.

Debido a que la historia de Israel ocupa la mayor parte del hilo del argumento de la Biblia, me gustaría ofrecer un breve bosquejo que demuestra por qué la conversión es fundamental en la historia:

1. La conversión y la historia de Israel

La historia de Israel realmente empieza con Adán.

Adán y Eva fueron creados para glorificar a Dios gobernando el mundo para Dios (Gn. 1:26-28). Debían ser los vice-regentes en el mundo que él había creado. Debían ejercer su gobierno bajo el

señorío de Dios, confiando en Él y obedeciendo a sus directrices. Pero se rebelaron contra el señorío de Dios, adorándose a sí mismos como criaturas en vez de dar la alabanza y las gracias al Creador. Como resultado de su desobediencia, murieron (Gn. 2:17). Fueron separados de Dios desde el momento de su pecado y se les aseguró la muerte eterna de no arrepentirse.

Como consecuencia de su pecado, la necesidad fundamental de Adán y Eva era la de convertirse. Dificilmente podían gobernar el mundo para Dios y extender su bendición sobre la tierra cuando ellos mismos no estaban en una relación correcta con Él.

Dios prometió, sin embargo, que la simiente de la mujer triunfaría sobre la serpiente y sobre la simiente de la serpiente (Gn. 3:15). La historia temprana de la humanidad demuestra la impiedad extrema de los seres humanos. Todos los seres humanos vienen al mundo como los hijos e hijas de Adán (Ro. 5:12-19) y como simiente de la serpiente (Mt. 13:37-38; Jn. 8:44; 1 Jn. 5:19).

Solo aquellos que experimentasen la gracia salvadora de Dios serían liberados del dominio de Satanás. Caín, por ejemplo, mostró de qué lado estaba cuando mató al justo Abel (Gn. 4:1-16).

¿Qué tan fuertes eran las fuerzas del mal?

¡Para la época de Noé solo había ocho personas justas en el mundo! Los seres humanos eran radicalmente impíos, y Génesis 6:5 testifica de la omnipresencia del pecado. La simiente de la serpiente mantuvo su dominio sobre la tierra, pero Dios mostró Su santidad y señorío destruyendo a los pecadores por medio de un diluvio. De modo que hay un nuevo comienzo, pero difícilmente es una mejora, ya que los corazones de los hombres no habían sido cambiados (Gn. 8:21). El estado de las cosas en la Torre de Babel (Gn. 11:1-9) muestra que la nueva creación no estaba a la vuelta de la esquina. El mundo no estaba siendo gobernado por hombres que amaban al Señor. La nueva creación no podía llegar sin un nuevo corazón.

La dispersión y juicio de los seres humanos en Babel fueron contrarrestados por el llamamiento de Abraham (Gn. 12:1-3). Una vez más había un hombre en el mundo impío. Pero este hombre fue llamado por Dios y le fue prometida una bendición. Canaán sería, digamos, el nuevo Edén, y Abraham era en algunos aspectos un nuevo Adán. Los hijos de Abraham serían los hijos de Dios, y la bendición dada a Abraham finalmente se extendería al

mundo entero. Los seres humanos gobernarían el mundo bajo el señorío de Dios, tal y como Adán y Eva fueron llamados a hacerlo.

Lo que es sorprendente es cuánto tiempo tarda la historia en desarrollarse. ¡Las promesas no se cumplieron durante casi dos mil años! El libro de Génesis se enfoca en la concesión de los hijos prometidos a Abraham, Isaac y Jacob. Estos hombres no heredaron la tierra de Canaán, y ciertamente no vieron la bendición extendida al mundo entero.

La historia avanza desde Éxodo hasta Deuteronomio, relatando la liberación de Israel de su esclavitud egipcia (Ex. 1-15). Dios estaba ahora cumpliendo su promesa de muchos hijos—la población de Israel se disparó. El Señor les liberó de Egipto y les trajo a una especie de nuevo Edén, la tierra de Canaán. En esta tierra, Dios daría expresión a su gobierno soberano sobre su pueblo, y se supondría que las naciones verían la justicia, paz y prosperidad de un pueblo que vivía bajo el señorío de Dios. Pero la generación que dejó Egipto, nunca llegó a la tierra prometida (Nm. 14:20-38). Se negaron a confiar en la promesa de Dios, aun después de ver la gran liberación de Egipto y todas las señales y maravillas de Dios. La mayoría del pueblo de Israel que fueron rescatados de Egipto fueron obstinados y rebeldes, y no conocieron realmente al Señor (cp. 1 Co. 10:1-12; He. 3:7-4:11). Sus corazones necesitaban ser circuncidados —convertidos— para que amasen al Señor y le temiesen

(Dt. 30:6), aferrándose a Él como su Dios, y caminando en todos Sus caminos.

Los hijos que llegaron tras la generación del desierto tuvieron éxito donde la generación anterior fracasó. Josué e Israel confiaron en el Señor y le obedecieron, heredando la tierra de Canaán que le había sido prometida a Abraham (Jos. 21:45; 23:14). Ahora Israel estaba bien situado para vivir en su nuevo Edén y para mostrar la belleza y gloria de lo que era vivir bajo el señorío de Jehová. Pero todavía existía un gusano en el corazón de la manzana. La obediencia de Israel al Señor duró poco. Según el libro de Jueces, Israel no llegó a ser una bendición para las naciones, más bien las imitó. Recayeron siguiendo los caminos paganos. El Señor siguió liberando al pueblo cuando se arrepentían, y no obstante sus corazones no habían cambiado para nada, pues continuaban volviendo a su pecado.

¿Qué debía hacer Israel?

Casi 1,000 años habían pasado desde la promesa hecha a Abraham. Israel tenía una amplia población y vivía en la tierra, pero las promesas de la bendición mundial ni siquiera estaban próximas a su cumplimiento. Israel deseaba un rey, convencido de que él les liberaría de sus enemigos tal y como los reyes de las otras naciones hacían (1 S. 8:5). Cuando Saúl fue designado como rey, él era, como Abraham, un nuevo Adán en algunos sentidos, designado por Dios para gobernar Israel para la gloria

de Dios. Pero Saúl, como Adán, se rebeló contra el Señor, y por esta razón fue quitado como rey (1 S. 13:13; 15:22-23). El gobierno del Señor sobre Israel no fue cumplido en el reino de Saúl. Entonces Dios ungió a David como rey, y, a diferencia de Saúl, él fue un hombre conforme al corazón de Dios, gobernando la nación para la gloria de Dios (1 S. 13:14). Aun así, el adulterio de David con Betsabé y el asesinato de Urías demostraron que él no sería el agente por el cual las bendiciones de Dios alcanzarían al mundo entero (2 S. 11).

Cuando Salomón llegó al trono, parecía que el paraíso de la nueva creación estaba a la vuelta de la esquina (1 R. 2:13-46). La paz caracterizaba su reino, y él construyó un magnífico templo para el Señor (2 R. 3-10). Al principio, Salomón reinó sobre el pueblo sabiamente y con temor a Dios, pero se apartó del Señor y se volvió a la idolatría (1 R. 11). Como resultado, la nación se dividió en dos reinos: Israel en el norte y Judá en el sur (1 R. 12). Lo que comenzó fue una gran caída en el pecado, que concluyó con el exilio de Israel por los asirios en el año 722 a.C. y con el exilio de Judá por los babilonios en el año 586 a.C. (2 R. 17:6-23; 24:10-25:26). Habían pasado casi 1,500 años desde el llamamiento de Abraham. Las promesas de la tierra, la simiente y la bendición

dadas a Abraham ni siquiera estaban próximas a cumplirse. Israel ya no estaba en la tierra sino en el exilio. En lugar de bendecir al mundo entero, Israel había llegado a ser como el mundo.

¿Por qué estaba Israel en el exilio? ¿Cuál era el problema?

Los profetas enseñan repetidamente que Israel estaba en el exilio por causa de su pecado (e.g., Is. 42:24-25; 50:1; 58:1; 59:2, 12; 64:5). En la profecía de Isaías, el Señor promete un nuevo éxodo y una nueva creación. Pero el nuevo éxodo y la nueva creación solo vendrían a través del perdón de pecados (Is. 43:25; 44:22); y este perdón llegaría a ser una realidad a través de la muerte del Siervo del Señor (Is. 52:13-53:12).

Jeremías enseña las mismas verdades. Lo que Israel necesitaba era un corazón circuncidado (Jer. 4:4; 9:25). En otras palabras, necesitaban ser regenerados y convertidos. Jeremías profetiza que un nuevo pacto está por venir en el cual el Señor escribirá su ley en los corazones de su pueblo, capacitándoles para obedecerle (Jer. 31:31-34). De forma semejante, el libro de Ezequiel anhela el día cuando el Señor limpiaría a su pueblo de su pecado, quitando sus corazones de piedra y dándoles un corazón de carne (Ez. 36:25-27). Sus corazones cambiados serían el resultado de la obra del Espíritu Santo, y como consecuencia, Israel andaría

en los caminos de Dios y guardaría sus mandamientos.

Israel volvió del exilio en el año 536 a.C., pero las grandes promesas encontradas por los profetas no se cumplieron en su plenitud. Israel sufrió en los días de Hageo y Zacarías, Esdrás y Nehemías, y Malaquías. La obra prometida del Espíritu todavía no había tenido lugar. Esperaban un rey. Esperaban la llegada de la nueva creación.

2. Ninguna bendición para Israel o para el mundo sin la conversión

La historia de Israel revela que la nueva creación y el nuevo éxodo no serían disfrutados sin el perdón de pecados y un corazón circuncidado. Las promesas dadas a Abraham no se cumplieron debido al pecado y rebelión de Israel. La historia de la nación está marcada por una desobediencia repetida y una negación de hacer la voluntad del Señor. Israel necesitaba desesperadamente que sus pecados fuesen perdonados, e Isaías enseña que tal perdón tendría su cumplimiento a través del Siervo Sufriente de Isaías 53. Pero Israel también necesitaba la obra sobrenatural del Espíritu Santo para que fuesen salvos; necesitaban ser convertidos. La conversión es fundamental para la historia de Israel, ya que nunca recibirían las bendiciones prometidas a Israel y al mundo sin la conversión.

Thomas R. Shreiner es Profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Bautista del Sur en Louisville, Kentucky, y pastor de predicación en la Iglesia Bautista Clifton.

Traducido por **Ángel Álvarez**.

La conversión en el Nuevo Testamento



Thomas R. Schreiner

La conversión se puede definir como dar la espalda al pecado y volvernos a Dios. Quizás el clásico versículo que captura esta definición es 1 Tesalonicenses 1:9: «Pues ellos mismos cuentan acerca de nosotros, de la acogida que tuvimos por parte de vosotros, y de cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero». Aquí vemos claramente los dos elementos de la conversión, volvernos a Dios y dejar los ídolos.

La conversión en el Nuevo Testamento: de promesa a realidad

La historia del triunfo de Dios sobre la serpiente, prometida en el Antiguo Testamento (Gn. 3:15), se hace una realidad en el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento prometió un nuevo pacto, una nueva creación, un nuevo éxodo y nuevos corazones para el pueblo de Dios. Hay un cumplimiento inaugurado de todas estas promesas en la vida, muerte y resurrección de Jesu-

cristo, el cual es proclamado en el Nuevo Testamento.

La conversión en los Evangelios sinópticos

En los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), la obra salvadora de Dios prometida en el Antiguo Testamento es encapsulada por el término «reino de Dios». El reino de Dios tiene un papel central en los sinópticos, pero también debemos entender que el reino llama a una conversión. Los dos elementos de la conversión también pueden ser descritos en términos de arrepentimiento y fe. Como leemos en Marcos 1:14-15, «Después que Juan había sido encarcelado, Jesús vino a Galilea proclamando el evangelio de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio» (cf. Mt. 4:17). La buena noticia del retorno del exilio anunciada por Isaías, la buena noticia del cumplimiento de las promesas salvadoras de Dios, será disfru-

tada solamente por aquellos que se arrepientan de sus pecados y crean en el evangelio.

El evangelio en los sinópticos se centra en la muerte y resurrección de Jesús, ya que la pasión y resurrección de Jesús dominan la historia en los tres libros. ¡Es el clímax de la historia! No hay reino sin la cruz. Jesús vino a salvar «a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21), y su salvación se realiza solamente mediante Su muerte sustitutoria, en la cual Él dio «su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28; cf. Mr. 10:45). Algunos de los que hablan sobre el reino dicen poco sobre la conversión, pero incluso una rápida mirada a los evangelios sinópticos indica que la conversión es fundamental. Uno no puede entrar en el reino sin ella (cf. Mr. 10:17-31).

La conversión en el Evangelio de Juan

La centralidad de la conversión también es evidente en el Evangelio de Juan. De hecho, Juan escribió su Evangelio para

que la gente creyera «que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer, tengáis vida en su nombre» (Jn. 20:31). Juan usa el verbo «creer» 98 veces en el Evangelio, subrayando la importancia de este tema. El creer no es algo pasivo en los escritos de Juan. Él usa ciertos términos para expresar la profundidad y actividad de la fe: creer es como comer, beber, ver, escuchar, soportar, venir, entrar, recibir y obedecer. La naturaleza radical de la conversión es expresada a través de los varios verbos que Juan usa para describir lo que significa creer que Jesús es el Cristo. La conversión, por tanto, se sitúa en el corazón del mensaje del Evangelio de Juan. La vida eterna (vida en la era por venir) pertenece solamente a aquellos que creen en Jesús como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29). En otras palabras, sólo aquellos que son convertidos disfrutan la vida eterna.

La conversión y el reino en Hechos

Parece claro por la discusión anterior que la conversión juega un papel central en los Evangelios, y podemos sacar la misma conclusión del libro de Hechos. En Hechos encontramos varios sermones en los que el evangelio es explicado a los oyentes (e.g., Hch. 2:14-41; 3:11-26; 13:16-41). Los que escuchan son a menudo llamados a arrepentirse (Hch. 2:38; 3:19; 8:22; 17:30; 26:20), lo cual también es definido como

«volverse» a Dios (Hch. 3:19; 9:35, 40; 11:21; 14:15; 15:19; 26:18, 20; 28:27). El mensaje del evangelio implica un llamado urgente para dejar el pecado y la antigua vida. Al mismo tiempo, aquellos que escuchan la buena noticia son llamados a creer y ejercitar la fe (Hch. 16:31; 26:18). De hecho, la palabra «creer» se usa alrededor de 30 veces en Hechos para describir a los cristianos, indicando que la fe caracteriza a aquellos que pertenecen a Cristo.

Es apenas sorprendente, que la conversión juegue un papel principal en Hechos, dado que relata la extensión del evangelio de Jerusalén a Roma (Hch. 1:8; ver también 1:6; 14:22). Pero también se debería observar que el reino de Dios es un tema central en Hechos. Enmarca el libro al principio (Hch. 1:3) y al final (Hch. 28:31). Pablo predicó el reino en Roma (Hch. 20:35; 28:23, 31) y Felipe «anunciaba las buenas nuevas del reino de Dios y el nombre de Cristo Jesús» (Hch. 8:12), demostrando que el reino se centra en el evangelio. El evangelio que fue proclamado llamaba a los oyentes, como vimos arriba, a arrepentirse y creer. Por tanto, tenemos otra evidencia en cuanto a que la conversión es fundacional en toda proclamación del reino. La restauración del mundo al gobierno de Dios es la gloriosa esperanza de los creyentes, pero sólo aquellos que se han arrepentido y creído disfruta-

rán el nuevo mundo que viene. Aquellos que rechazan creer, tal y como Hechos enfatiza frecuentemente, serán juzgados.

La conversión en Pablo

Pablo no usa el término reino de Dios a menudo, pero su visión escatológica del mundo es bien conocida, y está en armonía con el carácter escatológico del reino. Como los evangelios, proclama una escatología «ya pero todavía no». La mayoría de eruditos estarían de acuerdo con que la fe y el arrepentimiento son temas cruciales en las epístolas paulinas. Pablo a menudo enseña que la justificación y la salvación son obtenidas solamente por fe (cf. Ro. 3:21-4:25; 9:30-10:17; 1 Co. 15:1-4; Gá. 2:16-4:7; Ef. 2:8-9; Fil. 3:2-11). No usa la palabra arrepentimiento tan frecuentemente, pero no está completamente ausente (ej., Ro. 2:4; 2 Co. 3:16; 1 Ts. 1:9; 2 Ti. 2:25). Pablo usa muchos términos para la obra salvadora de Dios en Cristo, incluyendo salvación, justificación, redención, reconciliación, adopción, propiciación, y demás. No se puede disputar que la obra salvadora de Dios en Cristo juega un papel vital en la teología paulina, pero tal salvación solamente se concede a los que creen, a aquellos que son convertidos.

Según Pablo, los creyentes esperan con ganas el regreso de Jesucristo y la restauración de la creación (Ro. 8:18-25; 1 Ts. 4:13-5:11; 2 Ts. 1:10), y so-

lamente aquellos que sean convertidos pertenecerán a la nueva creación que está por venir. Por lo tanto, Pablo trabaja intensamente para extender el evangelio a los gentiles (Col. 1:24-2:5), luchando para traer el evangelio a aquellos que nunca han escuchado (Ro. 15:22-29), para que puedan estar entre los que se salvan.

La conversión en las cartas generales

Las cartas restantes del Nuevo Testamento son escritos ocasionales dirigidos a situaciones específicas. Aún así, la importancia de la conversión es afirmada o implicada. Por ejemplo, encontramos en Hebreos que solamente aquellos que creen y obedecen entrarán en el reposo del tiempo final (He. 3:18, 19; 4:3; 11:1-40). Santiago ha sido mal entendido frecuentemente,

pero interpretado correctamente enseña que la fe del que se arrepiente es necesaria para la justificación (Stg. 2:14-26). Igualmente, Pedro enseña que la salvación es por fe (1 P. 1:5; 2 P. 1:1), y 1 Juan fue escrito para asegurar a aquellos que creen que tienen vida eterna (1 Jn. 5:13).

La conversión en Apocalipsis

El libro de Apocalipsis culmina la historia, asegurando a los creyentes que el reino de Dios, el cual ya ha venido en Jesucristo, se consumará. Aquellos que practican el mal y siguen a la Bestia serán juzgados para siempre, pero aquellos que perseveran hasta el fin entrarán en la ciudad celestial, que es la nueva Jerusalén. Apocalipsis subraya que solamente aquellos que se arrepienten (Ap. 2:5, 16, 21, 22; 3:3, 19; 9:20, 21; 16:9, 11) encontrarán la vida.

La conversión no es el tema central, pero sí es fundamental en toda la revelación bíblica

Para resumir, la conversión no es ciertamente el tema central de la Escritura. Los creyentes fueron hechos para glorificar a Dios y disfrutarle para siempre, y le disfrutamos y glorificamos en este mundo y en el que ha de venir.

Pero la conversión es fundamental y fundamental en este asunto, ya que solamente aquellos que son convertidos disfrutarán de la nueva creación. Los seres humanos deben dejar su pecado y volverse a Dios para ser salvos. Deben arrepentirse de sus pecados y creer en el evangelio de Jesucristo crucificado y resucitado. Será de poca consolación en el último día si uno ha contribuido un poco o mucho a la mejora de este mundo (siendo esto de ayuda como lo es), si uno no es convertido.

Thomas R. Shreiner Jared C. Wilson es escritor, Director de Estrategia de Contenido para Midwestern Seminary y Director Editorial del sitio en internet For The Church.

Traducido por **Samantha Paz**.

La conversión: Dios y el Hombre



Stephen J. Wellum

Desde Génesis hasta Apocalipsis, las Escrituras son claras acerca de la necesidad absoluta que tienen las personas de experimentar la salvación y conocer a Dios. A menos que nos alejemos de nuestro pecado, nos acerquemos a Dios y conozcamos experimentalmente lo que la Biblia describe como la circuncisión espiritual y sobrenatural del corazón (Dt. 30:6; Ro. 2:25-29), no conoceremos a Dios como Salvador y estaremos bajo su juicio e ira (Ef. 2:1-3).

Tal y como Tom Schreiner ha demostrado en sus artículos sobre la conversión, las Escrituras nos enseñan la necesidad de la conversión. A lo mejor no es el tema central de las Escrituras, pero ciertamente es fundacional para toda la historia de la redención, especialmente en términos de cómo la redención es aplicada al pueblo de Dios. Sin conversión no podemos conocer a Dios de manera salvadora; no podemos experimentar el perdón de nuestros pecados, y tampoco podremos entrar al Reino de Dios.

Todavía podríamos preguntarnos: «¿Por qué es necesaria la conversión?».

La conversión: el entendimiento popular vs el entendimiento bíblico

Antes de responder a esta pregunta, vale la pena clarificar que no estamos hablando de «conversión» en el sentido popular de la palabra. Estamos hablando en el sentido bíblico. ¿Cuál es la diferencia?

Si buscas en *Google* la frase «conversión espiritual», la mayoría de las entradas dirán algo así: conversión es la «adopción de una nueva religión» o la «internalización de un nuevo sistema de creencias». Estas definiciones ven la «conversión» como un cambio de pensamiento o perspectiva que, en la mayor parte, dejan a la persona fundamentalmente igual. Esa no es la conversión cristiana.

Por el contrario, la conversión cristiana depende de la soberanía y de la obra sobrenatural

del Dios Trino en las vidas de las personas. En la conversión, Dios trae a la persona de una muerte espiritual a la vida. Esto le permite a la persona poder odiar lo que anteriormente amó —su pecado y rebelión en contra de Dios— y venir a Cristo en fe.

Tres verdades que confirman la necesidad de la conversión

¿Por qué es absolutamente necesario este entendimiento de la conversión? Tres verdades fundacionales resaltan la enseñanza bíblica sobre la conversión y nos ayudan a ver por qué la conversión es tan importante en las Escrituras, la teología y en la proclamación del evangelio.

Permíteme también resaltar que estas tres verdades están completamente interconectadas. Una persona no puede entender correctamente lo que enseña la Biblia acerca de la conversión, sin tener un buen entendimiento de estas verdades, lo que es un recordatorio de que nuestras

creencias teológicas son mutuamente independientes las unas de las otras. Si tenemos un área de nuestra teología incorrecta, ésta afectará a otras áreas, y esto ciertamente ocurre con nuestro entendimiento de la conversión.

1. El problema del hombre

La visión bíblica del problema del hombre es la primera verdad fundacional que da sentido a la enseñanza bíblica de la conversión. Aunque los seres humanos hayan sido creados a la imagen de Dios y posean increíble valor y significado, en Adán nos rebelamos en contra de Dios y, por tanto, nos convertimos en pecadores sujetos a la ira de Dios (Gn. 3; Ro. 5:12-21).

Cuando la Biblia habla del pecado y de los seres humanos como pecadores, no tiene en mente un problema menor. No es algo que pueda ser remediado con autoayuda, con más educación, ni siquiera convirtiéndonos en mejores personas. Esas soluciones perennes subestiman grandemente la naturaleza del problema del hombre que las Escrituras describen de manera gráfica y poderosa.

Visto bíblicamente, el pecado no es solamente un problema universal del cual no podemos escapar debido a que Adán es nuestro representante (Ro. 3:9-12, 23; 5:12-21; 1 Co. 15:22); el pecado también nos constituye en pecadores por naturaleza y acción (Ef. 2:1-3). En Adán —y por nuestras propias decisio-

nes— nos hemos convertido en rebeldes mortales en contra de Dios, nacidos en este mundo como criaturas caídas. No podemos cambiar nuestra condición a través de nuestra propia iniciativa y acción. Y, tristemente, es una condición que no queremos cambiar, aparte de la soberana gracia de Dios.

En nuestra condición caída, no solamente nos gozamos en nuestro pecado y voluntariamente nos mantenemos en oposición al reinado de Dios sobre nosotros, sino que también nuestra voluntad es una evidencia de nuestra incapacidad de salvarnos y cambiarnos a nosotros mismos (Ro. 8:7). Como resultado, nos encontramos bajo la ira y el juicio de Dios (Ro 8:1; Ef. 2:1-3), lo reconozcamos o no. En nuestro pecado, nuestro estado frente al Juez del universo es de condenación y culpa (Ez. 18:20; Ro. 5:12, 15-19; 8:1). Las Escrituras describen este estado como de muerte espiritual y, posteriormente, física (Gn. 2:16-17; Ef. 2:1; Ro. 6:23).

La salvación, el remedio bíblico para este problema, revierte esta horrible situación. Y el punto decisivo en esta reversión es la conversión.

Lo primero que necesitamos es un Salvador que pueda pagar por nuestro pecado delante de Dios, y satisfacer los requerimientos de la justicia de Dios y su juicio contra nosotros. Nuestro Señor Jesucristo —Dios Hijo encarnado— hace eso por nosotros en la cruz. Él cumple las

propias demandas de Dios; Él paga nuestro pecado en su totalidad (Ro. 3:21-6; Gá. 3:13-14; Col. 2:13-15; He. 2:5-18).

Además, nosotros no solo necesitamos que nuestros pecados sean pagados, sino que también necesitamos ser llevados de muerte espiritual a vida, lo que resulta en la transformación de nuestra naturaleza (Ro. 6:1-23; Ef. 1:18-23, 2:4-10). Necesitamos que el Dios Trino nos llame de muerte a vida y, a través del Espíritu Santo, nos dé un nuevo nacimiento (Ef. 1:3-14; Jn. 3:1-8). Necesitamos una resurrección de la muerte, paralelamente a la resurrección de nuestro representante en nuestro pacto, lo que nos permite abandonar el pecado de manera voluntaria, dejar a un lado nuestra oposición hacia Dios y su reino, y responder al evangelio en arrepentimiento y fe (Jn. 3:5; 6:44; 1 Co. 2:14).

En resumen, la conversión es necesaria porque es parte de la solución al serio problema de nuestra naturaleza humana, como lo describen las Escrituras.

2. La doctrina de Dios

La enseñanza bíblica sobre la naturaleza y el carácter de Dios es la segunda verdad fundacional en que se basa la doctrina de la conversión. Si no entendemos la naturaleza y el carácter de Dios no podemos entender lo que la Biblia enseña acerca de la conversión.

Tal y como indicamos anteriormente, estas dos verdades se explican una a la otra. El proble-

ma del hombre es lo que es, porque el Dios de la Biblia es Quien es. Nuestro problema solo se puede ver claramente a la luz del carácter personal, santo y justo de Dios.

La conversión es necesaria porque, como criaturas pecadoras y rebeldes, no podemos estar en la presencia santa de Dios. El pecado no solo ha contravenido el carácter de Dios —el cual es la ley moral del universo— sino que también nos ha separado de la presencia de Dios (Gn. 3:21-24; Ef. 2:11-18; He. 9). Nosotros que fuimos creados para conocer a Dios y vivir delante de Él como sus vicerregentes, gobernando sobre la creación para Su gloria como pequeños reyes y reinas, ahora nos encontramos bajo la ira y condenación de Dios.

Por tanto, no podemos conocer a Dios a menos que su carácter santo haya sido satisfecho a través de su propio sacrificio en Su Hijo (Ro. 6; Ef. 4:20-24; Col. 3:1-14). Por lo que no basta una transacción legal (independientemente de la importancia de esto en el veredicto de nuestra justificación delante de Dios). La salvación también implica la extirpación interna del pecado y la transformación total de nuestra naturaleza pecadora. Esto empieza cuando somos unidos a Cristo mediante la obra de regeneración del Espíritu, lo que nos permite tener una voluntad que rechaza el pecado y descansa en el trabajo consumado de Cristo nuestro Señor.

En otras palabras, la conversión es absolutamente necesaria

porque Dios demanda que Sus criaturas sean santas como Él es santo. Por consiguiente, para poder habitar en Su presencia debemos estar vestidos de la justicia de Cristo, transformados por el poder del Espíritu, y ser hechos una nueva creación en Cristo Jesús (2 Co. 5:17-21). No hay forma de que los portadores de la imagen de Dios puedan regresar al propósito para el que fueron creados y disfrutar de todos los beneficios de una nueva creación sin que sus pecados sean pagados por completo, sin haber nacido del Espíritu y sin haber sido unidos a Cristo por la fe. Si fallamos en entender completamente la radiante santidad de Dios, su perfecta justicia, y su demanda de que Sus criaturas actúen como hijos obedientes y portadores de Su imagen, nunca podremos entender por qué la conversión es tan importante en las Escrituras.

Además, si no comprendemos que nuestra conversión solo es posible por la soberana iniciativa del Dios Trino, nunca apreciaremos la profundidad y el poder del amor de Dios por nosotros, Su pueblo.

3. La conversión afecta a la persona por completo, como un todo

La tercera verdad fundacional que nos ayuda a entender la enseñanza bíblica acerca de la conversión es el hecho de que la conversión afecta a la persona por completo, como un todo. En las Escrituras la conversión implica dos cosas: el arrepentimiento del

pecado y la fe en Cristo. Ambas son necesarias para nuestra conversión. Y por consiguiente el arrepentimiento y la fe son vistos correctamente como las dos caras de una moneda.

En otras palabras, la conversión bíblica no es un mero cambio de perspectiva intelectual que no causa una transformación en la vida del individuo. Desafortunadamente, en muchas de nuestras iglesias encontramos personas que profesan haber sido convertidas, sin embargo, solo exhiben un conocimiento teórico del evangelio y sus vidas no muestran evidencias de un cambio verdadero.

Las Escrituras consideran claramente este mero asentimiento como una conversión falsa (Mt. 7:21-23). Dios demanda una respuesta total de la persona, como criatura de Su pacto. Nuestro pecado es una rebelión de todo nuestro ser contra Dios, y la salvación cristiana es la transformación total del ser (literalmente una nueva creación). La conversión implica un desear del pecado y un giro hacia Dios, lo que incumbe a todo el ser (el intelecto, la voluntad y las emociones) (Hch. 2:37-38; 2 Co. 7:10; He. 6:1).

No es suficiente quitarse el sombrero ante Jesús

La conversión no es opcional; es absolutamente necesaria. No podemos entender la salvación y el evangelio al margen de una idea robusta de la conversión.

El cristianismo nominal —el cual abunda en nuestras iglesias— no es el cristianismo bíblico. No es suficiente quitarse el sombrero ante Jesús. Debemos experimentar la obra de gracia soberana de Dios en nuestras vidas, lo que nos da una nueva vida y nos permite

—a través de la obra del Espíritu Santo— arrepentirnos de nuestros pecados y creer en el evangelio.

Nuestro entendimiento defectuoso de la conversión normalmente se debe a nuestra teología defectuosa. El remedio para esta situación es retornar

en nuestras rodillas a las Escrituras, pidiéndole a nuestro gran Dios que reviva su iglesia para que, en nuestra proclamación del evangelio, los hombres, las mujeres, los niños y las niñas se arrepientan de sus pecados y crean en Cristo Jesús nuestro Señor.

Stephen J. Wellum es profesor de Teología Cristiana en el Seminario Teológico Bautista del Sur en Louisville, Kentucky, y editor del *Southern Baptist Journal of Theology*.

Traducido por **Nazareth Bello**.

¿Cuál es el rol del Espíritu Santo en la conversión?



Hector Candelaria

La conversión es una obra trinitaria donde las tres personas de la Trinidad tienen un rol diferente.

Veamos el siguiente pasaje en la Biblia, en donde se nos muestra la función que Jesús delegó al Espíritu Santo en relación a la conversión del creyente:

Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque yo voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando El, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber lo que habrá de venir. El me glori-

ficará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber (Jn. 16:7-14).

La Biblia *no* dice que el mundo será convencido de sus pecados por el propio deseo natural del hombre. Dice que esa obra es del Espíritu Santo.

¿Por qué tiene que ser una obra del Espíritu? El Señor Jesucristo dice: «El mundo no creen en mí». Y cuando habla en este contexto, se refiere a personas porque solo personas pueden ser convencidas de pecado y convertirse al evangelio.

Pablo también nos dice en 1 Corintios 2:14 que «el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente».

Allí el apóstol no contradice las palabras de Jesús, sino que afirma nuevamente que el mundo no puede creer si no es por obra del Espíritu.

Esto se debe al estado del hombre sin Cristo, explicado en diferentes pasajes de las Escritu-

ras. Aquí una breve lista que caracteriza ese estado:

- Destituido de la gloria de Dios por el pecado — Romanos 3:23
- Con un corazón de piedra (que no siente ni padece) — Ezequiel 11:19
- Muerto espiritualmente (incapacidad de darse vida) — Efesios 2:1, 5
- Con entendimiento entenebrecido — Efesios 4:18
- Incapaz de hacer el bien — Salmos 14:3
- Esclavo del pecado — Romanos 6:17

Esta condición en la que se encuentra el hombre lo incapacita para tomar una decisión de arrepentirse y creer el evangelio sin la intervención de Dios.

Entonces, cuando alguien se arrepiente de sus pecados y tiene fe para salvación, fue gracias a una obra sobrenatural del Espíritu Santo. El pecado tiene poder sobre la criatura, pero Dios tiene más poder.

Con esto no decimos que una persona al momento de su conversión no haya tenido una decisión genuina de seguir a Cristo. Claro que sí tuvo una decisión y éste es el punto: el hombre llegó a esa decisión

cuando el Espíritu le reveló el pecado en su vida y le mostró las abundantes riquezas en Cristo Jesús.

Toda nuestra salvación es producto de la gracia inmerecida de Dios de principio a fin.

Por eso, la próxima vez que veas a una persona rindiendo su vida a Dios, no olvides darle la gloria al Señor y no al que creyó. Sin la intervención del Espíritu Santo, la conversión no hubiese sido posible.

Hector Candelaria fue uno de los Pastores de Gateway Church Old Brooklyn en Cleveland, OH. En la actualidad está haciendo su Maestría en Ministerio Pastoral en Midwestern Baptist Theological Seminary y es residente del Programa de Plantación de Iglesias de la Red 1:8.

Este artículo fue publicado originalmente en el blog de **Soldados de Jesucristo**. Usado con permiso.

La conversión requiere arrepentimiento



Michael Lawrence

Para convertirse en cristiano, hay que arrepentirse de los pecados. La idea básica de arrepentimiento es *volverse*. Fijate como el libro de los Hechos usa la palabra *arrepentimiento* y la idea de volverse en paralelo:

- «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio» (Hch. 3:19).
- «Sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento» (Hch. 26:20).

De la misma manera, cuando Pablo describe la conversión de los tesalonicenses, describe una conversión u orientación radical: «y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para

servir al Dios vivo y verdadero» (1 Ts. 1:9). Pero su conversión no era algo simplemente moral o de comportamiento, era una reorientación de la adoración. Sus corazones se habían vuelto de la adoración de ídolos a la adoración a Dios.

Un ídolo es algo o alguien sin lo cual no puedes ser feliz o sentirte completo. Podemos hacer un ídolo de casi todo: sexo, dinero, la opinión de otras personas sobre nosotros, la seguridad, el control, la conveniencia. Pero nuestro ídolo favorito de todos los tiempos es nuestro yo. Soy mi ídolo favorito. Tú eres tu ídolo favorito. Y queremos que otros también adoren nuestro ídolo favorito.

Fuimos creados para adorar, y si no adoramos a Dios, adoraremos otra cosa.

Llamar a las personas al arrepentimiento significa llamarlos a una reorientación de la adoración. Así que ¿quién o qué estamos adorando en lugar de Dios? ¿Qué ocupa nuestro tiempo y energía, nuestros gas-

tos o nuestro ocio? ¿Qué nos incomoda? ¿Qué nos da esperanza y comodidad? ¿Cuáles son nuestras aspiraciones para nuestros hijos?

Los ídolos hacen muchas promesas, aunque no pueden mantenerlas.

Falso arrepentimiento

Arrepentirse significa cambiar nuestros ídolos por Dios. Es un cambio en el comportamiento, y debe haber un cambio en la adoración. Cuán diferente es eso de la manera como frecuentemente pensamos del arrepentimiento.

Muchas veces tratamos el arrepentimiento como un llamado a limpiar nuestras vidas. Hacemos bien en cambiar de lo malo. Tratamos hasta de igualar la balanza, y aún de empujarla hacia el lado positivo. Algunas veces hablamos sobre arrepentimiento como si fuera algo realmente serio, una resolución religiosa de año nuevo.

- No voy a explotar más en respuesta a mis hijos.

- No voy a mirar más pornografía.
- Nunca voy a hacer trampas con mis horas de trabajo.
- Voy a dejar de hablar sobre mi jefe a sus espaldas.

Pero aún si limpiamos nuestro comportamiento en un área u otra, nuestro corazón puede permanecer siendo devoto a nuestros ídolos.

Los fariseos ilustran esto. Ellos fueron las personas con el mejor comportamiento en Palestina, el tipo de persona que hubieras querido tener como vecino. Ellos nunca dejaron que sus hijos pusieran sus bicicletas en tu jardín. Ellos no hicieron fiestas escandalosas ni dejaron cigarrillos entre tus flores. Ellos siempre recogieron los desechos de sus perros. Ellos eran personas respetables. Pero Jesús los llamó sepulcros blanqueados: limpios por fuera, corruptos por dentro (Mt. 23:27). El punto es que no sólo las personas malas son idólatras. También las personas buenas, morales y religiosas son idólatras. El arrepentimiento no es lo mismo que una resolución moral.

Algunas veces hablamos sobre arrepentimiento como si fuera un sentimiento malo o de culpabilidad sobre nuestro comportamiento. Nos sentimos culpables si somos atrapados. Nos sentimos culpables si no somos atrapados. Nos sentimos culpables si hemos decepcionado a alguien, o nos hemos decepcionado. No hay ninguna situación

requerida por el arrepentimiento para convencernos de nuestra culpabilidad. Sin embargo, puedes sentirte culpable y aún así amar el pecado del cual eres culpable. Cualquiera que haya sido atraído por la lujuria puede decírtelo. «Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necesidad» (Pr. 26:11). El arrepentimiento no es un sentimiento.

El verdadero arrepentimiento

El verdadero arrepentimiento es una nueva adoración. Es como una vida cambiada, pero ese comportamiento cambiado es el resultado de un cambio de adoración, no al revés.

Arrepentirse es ser convencido por el Espíritu Santo de la pecaminosidad de nuestro pecado—no la maldad de nuestras obras sino la falsedad de nuestros corazones hacia Dios.

Arrepentirse significa odiar lo que anteriormente amábamos y servíamos—nuestros ídolos—y volvernos de ellos.

Arrepentimiento significa volverse para amar a Dios, a quien anteriormente odiábamos, y servirle. Es una nueva lealtad profunda del corazón.

Si el arrepentimiento realmente es un cambio de adoración, entonces nuestras iglesias no deben presionar a las personas para apresurarlas a tomar «decisiones» sin pensar por Jesús, y luego ofrecerles seguridad. En lugar de eso, debemos llamar a las personas

al arrepentimiento. Cuando separamos el arrepentimiento de la conversión, ya sea porque pensamos que puede venir más tarde o porque tememos asustar a las personas, reducimos la conversión a malos sentimientos o una resolución moral. Y peor aún, nos arriesgamos a asegurarle a un «convertido» que está bien con Dios cuando en realidad no lo está. Es casi como darle a alguien una vacuna contra el evangelio.

Sabes cómo funciona una vacuna. Utiliza un agente defectuoso para engañar al cuerpo y hacerle pensar que fue infectado y así produzca anticuerpos. Entonces, cuando la infección verdadera aparece, entonces el cuerpo está preparado para luchar con ella. De la misma manera, llamar a las personas a «tomar una decisión» sin llamarlas a arrepentirse no sólo es un riesgo para que sea un falso convertido, sino que también es como vacunar a una persona contra el verdadero evangelio. ¡Ellos piensan que ya tienen el cristianismo! Y luego decimos, una vez que somos salvos siempre somos salvos.»

¿Cómo luce un falso convertido? Frecuentemente, es alguien que

- Está emocionado sobre el cielo, pero aburrido por los cristianos y la iglesia local;
- Piensa que el cielo será grandioso, aún si Dios está o no;
- Le gusta Jesús, pero no se compromete con el resto de

la vida cristiana—obediencia, santidad, discipulado, sufrimiento;	nuino? Según 1 Juan, el cristiano genuino es alguien que	• Defiende la gracia costosa (1:7, 10).
• No puede discernir la diferencia entre la obediencia motivada por el amor y el legalismo; • Es molestado por los pecados de los demás más que por los suyos; • Tiene una gracia barata.	• Ama a sus hermanos creyentes y a la iglesia local porque ama a Dios (5:1); • Desea tener compañerismo con Dios, y no sólo facilidad en el cielo (1:6-7; 5:1); • Entiende que seguir a Jesús significa discipular (1:6); • Obedece a Dios porque ama a Dios (5:2-3); • Está dispuesto a confesar y volverse de su pecado (1:9);	Convertirse en cristiano es llevar una vida de arrepentimiento. Jesús lo describió como tomar nuestra cruz y seguirlo. Comienza en un momento determinado, pero continúa a través de una vida de servicio y amor hacia Dios. Dietrich Bonhoeffer lo expresa bien cuando dice, «cuando Cristo llama a un hombre, le ordena que venga y muera». ¹
¿Pero cómo describe el Nuevo Testamento a un cristiano ge-		

Michael Lawrence es el pastor principal de Hinson Baptist Church en Portland, Oregon.

Este artículo es un extracto del libro de 9Marks titulado *Conversión* que estará disponible próximamente en español. Traducido por **Samatha Paz**.

La conversión requiere fe



Michael Lawrence

Para convertirse en cristiano no sólo debes arrepentirte sino también creer las buenas nuevas sobre Jesús. «Arrepentíos, y creed en el evangelio», dijo Jesús (Mr. 1:15).

En el modelo de la conversión considerado anteriormente, Pablo destacó a los tesalonicenses como esperando «a su Hijo del cielo, que resucitó de los muertos, Jesús que nos libera de la ira venidera» (1 Ts. 1:10). Fíjate que Pablo resume las buenas nuevas del evangelio en este versículo: Jesús, luego de resucitar de la muerte, promete liberarnos de la ira venidera. En respuesta, los tesalonicenses «esperan» a Jesús desde el cielo. Puede que no haya una mejor descripción de lo que significa creer que decir que uno *espera* a Jesús del cielo.

Lo que no es la fe

La fe o creer es más que aceptar un conjunto de ideas mentalmente. Sí, incluye la aceptación mental de la verdad del evangelio, pero Santiago nos advierte que

los demonios creen la verdad sobre Dios y tiemblan (Stg. 2:19).

La fe no consiste en recitar una fórmula verbal mágica. Sí, debes «confesar con tu boca que Jesús es el Señor y creer en tu corazón que Dios lo levantó de la muerte» como dice Pablo (Ro. 10:9). Pero eso no es un conjuro mágico. Ser salvo no es: decir las palabras y «listo». Desafortunadamente, los evangélicos le han pedido a las personas que oren las palabras «Jesucristo, soy un pecador, por favor perdona mis pecados», y luego les aseguran su salvación, como si las palabras tuvieran en alguna manera un poder intrínseco en ellas. Los católicos romanos han enseñado que la persona correcta diciendo las palabras correctas puede convertir el vino en sangre o hacer que el bautismo en agua regenere a un niño. Y los musulmanes te pedirán decir tres veces lo siguiente en árabe ante testigos: «no existe otro Dios más que Alá, y Mohammed es su profeta», y te convertirás en musulmán. Pero ¿cómo es que una fór-

mula verbal puede transformar un corazón que adora ídolos en uno que adora a Dios?

La fe no es ser espiritual o pertenecer a una comunidad de fe o buscar dirección espiritual. Puede involucrar esas cosas, pero muchas personas hoy en día se consideran espirituales o dicen estar en una jornada, sin tener ningún conocimiento de Dios de la manera en que Se revela a sí mismo en Jesucristo.

Lo que la fe es

La fe cristiana es una confianza incondicional de que Dios mantendrá sus promesas en el evangelio. Los tesalonicenses no firmaron una tarjeta o repitieron una oración. Ellos comenzaron a esperar a Jesús, y esto se manifestó en sus vidas. Los judíos dejaron de depender de Moisés y la Ley para la justificación. Los griegos dejaron de depender de sus ídolos. Todos ellos dejaron de depender de su prosperidad. En lugar de eso, comenzaron a depender de las promesas de Dios que están en el evangelio.

El juicio y la condenación no los esperaba, sino la vida eterna con Dios. Así que comenzaron a vivir de manera diferente. Todo el mundo podía verlo. La fe cambió sus vidas, porque la fe no sólo repite las promesas de Dios a través de una oración sino que también *depende* de esas promesas.

Recientemente, uno de mis hijos se enfermó. Él sabía con anticipación que la enfermedad lo desorientaría mucho y que lo llevaría a un estado delirante por un tiempo. Por tanto, aunque mi hijo lo sabía, lo miré a los ojos y le dije: «no importa lo que suceda, recuerda dos cosas: te amo, y puedes confiar en mí». Cuando se presentó el estado delirante, mi hijo no era capaz de tener conocimiento de lo que sucedía a su alrededor, pero me miraba y yo le repetía: «Te amo. Puedes confiar en mí». El sabía que podía depender de esas promesas.

Eso es fe. Confiar en Dios, Su carácter y Su amor, y también depender de las promesas del evangelio y de nada más. Por eso es que Santiago dice que la fe sin obras es muerta (Stg. 2:17). La fe verdadera se apoya, depende, sigue y obra.

¿Qué tipo de fe enseñamos?

¿Qué significa este tipo de entendimiento de la fe para la vida de la iglesia? Primero, impacta lo que enseñamos y la manera cómo ofrecemos seguridad. Impacta aquello de lo que dependemos. Enseñar moralismo nos hace depender de nuestras buenas

obras. Enseñar sinceridad nos hace depender de nuestras experiencias emocionales y de una cultura de renovación. Enseñar espiritualidad nos hace depender del hecho de una jornada y no de la esperanza del destino. Enseñar «resoluciones» nos hace depender de la oración que hacemos en el campamento de verano de niños o en el retiro para matrimonios.

«Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe», dice Pablo (2 Co. 13:5). Pablo no nos dice que examinemos decisiones pasadas o si nos sentimos espirituales. Él instruye a los cristianos para que observen su vida hoy. La fe salvadora depende de Cristo y no lo deja ir. Y al igual que el arrepentimiento, deja evidencia a través de la vida del creyente. Como iglesias, queremos buscar la evidencia real de la gracia de Dios en la vida los demás y señalarnos esa evidencia uno al otro.

¿Qué tipo de fe ofrecemos?

Segundo, entender la fe bíblica impacta nuestra evangelización. Si la evangelización sin arrepentimiento produce falsos convertidos, también la evangelización sin un entendimiento correcto de la fe. Tratar la fe como una afirmación mental o un credo verbal da lugar a «profesantes formales», como lo llamaban los puritanos. Estas personas pueden explicar el evangelio. Pueden estar de acuerdo con él. Han hecho la oración. Pueden haber sido movidos emocionalmente

cuando la hicieron, pero no conocen a Jesús o dependen de sus promesas según lo que revelan sus vidas, relaciones y carácter. Por ejemplo, como dice Juan, «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1 Jn. 4:20).

A partir del Segundo Gran Avivamiento, los evangélicos han considerado la conversión como una decisión. ¡Levanta tu mano! ¡Ven hacia adelante! ¡Ven al altar! ¿Cuál es el fruto de convertir la conversión en una decisión? Las iglesias llenas de cristianos profesantes cuyas vidas no son diferentes de aquellos que están en el mundo. Tasas de divorcios cristianos considerables. Materialismo desenfrenado. Alto uso de la pornografía. «Miembros» de iglesia que raras veces se congregan, si es que alguna vez lo hacen. El problema no es que tenemos cristianos en nuestras iglesias que aún pecan. Claro que los tenemos. El problema es que tenemos «cristianos» en nuestras iglesias que no son cristianos. Pero les hemos asegurado y dicho que nunca permitan que nadie los cuestione.

Para nuestra vergüenza, nos jactamos de estas «decisiones» y contamos nuestra evangelización como un éxito. Sin embargo, ¿dónde está la gran mayoría de estos «convertidos» durante el año? ¿Por qué estamos tan emocionados? Temo que estamos emocionados porque

son *nuestros* convertidos. Uno piensa en la historia de Charles Spurgeon sobre el Pastor Roland Hill. Un hombre borracho abordó un día al Pastor Hill y le dijo, «Oiga, Sr. Hill. Yo soy uno de sus convertidos.» Hill respondió, «tú debes ser uno de los míos. ¡Pero ciertamente no eres uno de los del Señor!».

Cuando las oficinas, las escuelas y los campos de juego están llenos de *nuestros* convertidos, el mundo dice «si eso es lo que significa ser cristiano, ¿por qué molestarse con Jesús?».

Podemos cosechar fácilmente, manipular y reunir decisiones. Pero Jesús nos dijo que fuéramos e hiciéramos discípulos. No decisiones, no convertidos, sino discípulos—seguidores de toda la vida que perseveran en las dificultades, toman su cruz y siguen a Jesús.

¿Qué tipo de fe modelamos?

Finalmente, entender la fe bíblica impacta la membresía de iglesia.

¿Cómo Jesús llamó a las personas a responder al evangelio? «Arrepiéntete y cree en el evangelio» (Marcos 1:14-15). Y eso es exactamente lo que los discípulos hicieron primero. Ellos dejaron su vida anterior y siguieron a Jesús en arrepentimiento y fe.

¿Cómo es entonces que los apóstoles llaman a las personas hacia el evangelio? En el día de pentecostés, Pedro predicó a las multitudes en Jerusalén, «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesu-

cristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch. 2:38).

¿Te fijaste en el cambio del lenguaje? «Arrepiéntete y cree» se convirtió en «arrepíentete y bautízate». Con esto Pedro no estaba diciendo que el bautismo salva, sino que la manera en que la fe es manifestada es a través del bautismo. Así es como una persona que cree responde de forma pública.

Permíteme retroceder un poco. En Mateo 16, Jesús confiere la autoridad de las llaves del reino en las iglesias locales a la afirmación formal de las confesiones verdaderas del evangelio y de los verdaderos confesantes. Luego en Mateo 28, Jesús establece la cena del Señor y el bautismo, que es la manera cómo las iglesias utilizan las llaves y garantizan la seguridad a los confesantes del evangelio. El bautismo es la primera demostración de seguridad pública con la que otras personas hacen acuerdo con tu profesión. Por eso es que una iglesia te bautiza en el «nombre» del Padre, del Hijo y del Espíritu (28:19). «¡Esta es la camiseta del equipo!». Entonces, la cena del Señor ofrece esa seguridad de forma continua. «Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» (1 Co. 10:17). Participar del mismo pan afirma y revela quién es el cuerpo. Una iglesia también puede remover su afirmación de la profesión de fe de alguien a través de la disciplina de iglesia

o excomunión, lo cual remueve a una persona de la mesa del Señor y de la membresía de la iglesia.

En otras palabras, Jesús no dejó una multitud de individuos que se auto-justifican o que toman decisiones una sola vez. En lugar de eso, Él dejó una iglesia con la autoridad para bautizar y dar la cena del Señor, lo cual es otra forma de decir, Él dejó atrás algo que llamamos «membresía de iglesia». La membresía de iglesia, en su núcleo bíblico, es nuestra afirmación y control de nuestra profesión de fe y discipulado con Cristo, hecho a través del bautismo y la cena.

Por tanto, cuando bautizamos a las personas debe ser la norma que las recibamos en la membresía de nuestra iglesia. Debe ser la norma, en otras palabras, de mantener juntos el bautismo y la santa cena. Uno es la puerta de entrada a la casa, y el otro es la comida familiar en la que seguimos participando. Mantenerlas juntas es la manera como hacemos más que afirmar las decisiones de una sola vez; es como afirmamos vidas transformadas de arrepentimiento continuo. Es como aseguramos que nuestras afirmaciones corporativas tienen integridad, y como luchamos contra los falsos convertidos y el cristianismo nominal.

Por supuesto que habrá excepciones. Los visitantes de otras iglesias pueden visitar y unirse a ti en la cena, asumiendo que otra iglesia que afirma el evangelio afirmaría su profesión como miembros. Después

de todo, tu iglesia no es la única iglesia en el mundo. Y algunas veces podemos bautizar a alguien y luego decir adiós inmediatamente mientras se van a otra ciudad o país. Pero esas excepciones no deben definir nuestra práctica regular.

Una fe que se identifica con la muerte y resurrección de Je-

sús no puede estar separada de una fe que se identifica con el pueblo de Jesús. Como Gordon Smith lo expresó, «la conversión no es simplemente una conversión a Cristo; es también un acto de iniciación en la comunidad cristiana. La fe cristiana es algo distintamente *social*». Por tanto, la verdadera fe se une a

una iglesia local mientras se une a sí mismo a Dios.

Luego de que Pedro le ordenara a las personas que se arrepintieran y se bautizaran, leemos: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hch. 2:41). ¿Se añadieron a qué? A la iglesia en Jerusalén.

Michael Lawrence es el pastor principal de Hinson Baptist Church en Portland, Oregon.

Este artículo es un extracto del libro de 9Marks titulado *Conversión* que estará disponible próximamente en español. Traducido por **Samatha Paz**.

¿La regeneración precede necesariamente a la conversión?



Thomas R. Schreiner

La respuesta a la pregunta es: «sí», pero antes de explicar por qué esto es así, se debe explicar brevemente qué significan los términos «regeneración» y «conversión».

La regeneración significa nacer de nuevo o nacer de lo alto (Jn. 3:3, 5, 7, 8). El nuevo nacimiento es la obra de Dios, de manera que todos los que han nacido de nuevo, «nacen del Espíritu» (Jn. 3:8). O, como dice 1 Pedro 1:3, es Dios quien «nos hizo renacer para una esperanza viva» (1 P. 1:3). El medio que Dios utiliza para otorgar esa nueva vida es el evangelio, porque los creyentes «han nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece» (1 P. 1:23; Stg. 1:18). La regeneración, o nacer de nuevo, es un nacimiento sobrenatural. Así como no podemos hacer nada para nacer físicamente —¡simplemente sucede!— tampoco podemos hacer algo para producir nuestro nuevo nacimiento espiritual.

La conversión ocurre cuando los pecadores se vuelven a Dios en arrepentimiento y fe para salvación. Pablo describe la conversión de los tesalonicenses con estas palabras: «porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero» (1 Ts. 1:9). Los pecadores se convierten cuando se arrepienten de sus pecados y se vuelven en fe a Jesucristo, confiando en Él para el perdón de sus pecados.

Pablo afirma que los inconversos están muertos en sus «delitos y pecados» (Ef. 2:1; 2:5). Se encuentran bajo la potestad del mundo, la carne y el diablo (Ef. 2:2-3). Todos nacemos en el mundo como hijos o hijas de Adán (Ro. 5:12-19). Por tanto, todos entramos al mundo siendo esclavos del pecado (Ro. 6:6, 17, 20). Nuestras voluntades están esclavizadas al mal y, por esa razón, no tienen ninguna inclinación o deseo de hacer lo correcto o volverse a Jesucristo.

Dios, no obstante, por su increíble gracia «nos dio vida juntamente con Cristo» (Ef. 2:5). Esta es la manera de Pablo de decir que Dios ha regenerado a su pueblo (Tit. 3:5). Él ha soplado aliento de vida en nosotros donde antes no lo había, y el resultado de esta nueva vida es la fe, porque la fe también es «don de Dios» (Ef. 2:8).

Varios textos de 1 Juan demuestran que la regeneración precede a la fe. Los textos son los siguientes:

- «Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él» (1 Jn. 2:29).
- «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (1 Jn. 3:9).
- «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios» (1 Jn. 4:7).

- «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él» (1 Jn. 5:1).

Podemos hacer dos observaciones a partir de estos textos. En primer lugar, en cada ejemplo, el verbo «nacer» (*gennaô*) se encuentra en el presente perfecto, denotando una acción que precede a la acción humana de practicar la justicia, evitar el pecado, amar o creer.

En segundo lugar, ningún evangélico diría que antes de nacer de nuevo debemos practicar la justicia, porque tal declaración enseñaría una justicia en base a las obras. Tampoco diríamos que primero debemos

evitar el pecado, para luego nacer de Dios, porque tal creencia sugeriría que las obras humanas producen el nacimiento espiritual. Tampoco diríamos que primero debemos demostrar un gran amor por Dios, y luego Él nos hace renacer. No, queda claro que practicar la justicia, evitar el pecado y amar son todas consecuencias o resultados del nuevo nacimiento. Pero si este es el caso, entonces debemos interpretar 1 Juan 5:1 de la misma manera, porque la estructura del versículo es la misma que encontramos en los textos relacionados con practicar la justicia (1 Jn. 2:29), evitar el pecado (1 Jn. 3:9) y amar a Dios (1 Jn. 4:7). Se deduce, entonces, que 1 Juan 5:1 enseña que primero Dios nos da nueva vida, y luego

creemos que Jesús es el Cristo.

Vemos la misma verdad en Hechos 16:14. Primero, Dios abre el corazón de Lidia y la consecuencia es que ella presta atención y cree en el mensaje proclamado por Pablo. Asimismo, nadie puede ir a Jesús en fe a no ser que Dios haya obrado en su corazón para atraerlo a la fe en Cristo (Jn. 6:44). Pero todos aquellos que el Padre ha atraído o entregado al Hijo ciertamente pondrán su fe en Jesús (Jn. 6:37).

Dios nos regenera y luego creemos, por consiguiente, la regeneración precede a nuestra conversión. Por tal motivo, damos toda gloria Dios por nuestra conversión, ya que el volvernos a Él es completamente una obra de Su gracia.

Thomas R. Shreiner es Profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Bautista del Sur en Louisville, Kentucky, y pastor de predicación en la Iglesia Bautista Clifton.

Traducido por **Nazareth Bello**.

¿Qué significa realmente estar perdido y cómo podemos dejar de estarlo?



Sugel Michelén

A menudo pensamos en los perdidos como personas que cometen pecados groseros. Decimos que los drogadictos están perdidos, lo mismo que los alcohólicos y los homosexuales. Pero lo cierto es que todo hombre que vive absor-to en sí mismo y para sí mismo es un hombre perdido.

Hace unos años leí un comentario muy pertinente al respecto. Alguien decía que algo está perdido, cuando no se encuentra dónde debería estar y, por lo tanto, no le es útil a su dueño. «Piensa en lo que sucedería si se te perdieran las llaves de la casa o del coche. Ambas cosas serían inútiles para ti, por mucho que las necesites y las desees tener y al margen de lo buenas que puedan ser las llaves».

Cuando la Biblia dice que el pecador está perdido lo dice en relación con Dios. En vez de ocupar el lugar que le corresponde en el mundo que Él creó y bajo Su autoridad, el pecador pretende ser su propio dios, y ese «dios» no da para mucho.

Consecuentemente, cuando el hombre está perdido en relación a Dios, también lo está en relación consigo mismo. Ese hombre no sabe dónde está o cómo llegar a donde quiere ir.

Ahora bien, es posible que un hombre perdido no sepa que está perdido. Eso ocurre con muchos conductores; hay gente que se equivoca con autoridad —defienden hasta la muerte que van por la vía correcta— pero lo cierto es que van por un camino muy equivocado y sólo vienen a darse cuenta cuando se han alejado demasiado de la ruta.

Con la perdición espiritual ocurre lo mismo. Muchos hombres y mujeres creen que van por la vía correcta; pero lo cierto es que han tomado por un camino falso y engañoso: el de la idolatría de sí mismos.

Pablo dice de ellos en Filipenses 3:19 que su dios es su vientre, sus propios intereses, y de ese modo se dirigen inexorablemente a su propia destrucción. Calvino dijo una vez que «la fuente más segura de destrucción para

los hombres es obedecerse a sí mismos».

¿Cuál es, entonces, la única esperanza del hombre perdido? Abrazar de todo corazón, y con todas sus implicaciones, la verdad de Dios revelada en Su Palabra: la verdad de Dios con respecto a Dios, la verdad de Dios con respecto al hombre como una criatura pecadora, la verdad de Dios con respecto a Cristo y Su obra de redención.

Cuando el hombre comienza a ver las cosas desde esa perspectiva, entonces está preparado para humillarse delante de Aquel que es soberano y morir a sí mismo. Esos son los términos en que Cristo define la fe y el arrepentimiento (Mt. 10:37-39; 16:25-26; Jn. 12:24-25).

Negarse a sí mismo, o perder la vida, no es otra cosa que reconocer lo que el hombre debió reconocer desde el principio: que nosotros no somos Dios; que no debemos tratarnos a nosotros mismos, ni demandar que los demás nos traten, como sólo Dios debe ser tratado.

No son mis deseos los que debo obedecer, sino la voluntad de Dios; no es para agradarme a mí que debo vivir, sino para agradar a Dios; no es en mí mismo y en mis capacidades que debo confiar, sino en el poder y la sabiduría de Dios; no es mi propia gloria la que debo buscar, sino la gloria de Dios.

El que pierda su vida en ese sentido, la encontrará en el sentido más elevado y verdadero, porque estará viviendo en consonancia con la realidad. Ya no será un ser inútil en lo que respecta a Dios y a la razón de ser de su existencia.

Pero si en cambio decides retener tu vida, es decir, seguir viviendo como si tú fueras Dios, a final de cuentas la perderás aquí y ahora; y si no te arrepientes a tiempo la perderás de una manera irremediable algún día. Por eso es que la Biblia plantea la conversión como un negocio extremadamente ventajoso. Se trata de perder lo que no sirve para obtener lo que es realmente valioso y eterno.

Ahora bien, eso no significa que en el momento de la conversión, repentinamente el cristiano ve todas las cosas como debe verlas. Allí se inicia más bien un proceso a través del cual el cre-

yente va siendo transformado a través de una continua renovación de su entendimiento, como vemos en Romanos 12:2.

La luz de la verdad de Dios debe continuar avanzando hasta alumbrar cada rincón de nuestra alma, hasta que todo vestigio de error, falsedad y mentira sea completamente eliminado de nuestras mentes y corazones. ¿Cuándo llegaremos a esa meta? Cuando estemos en el cielo.

Pero mientras estemos aquí debemos exponernos constantemente a esa luz de la verdad revelada de Dios, porque sólo así seguirá forjándose en nosotros la imagen de nuestro Salvador.

Sugel Michelén es pastor en la Iglesia Bíblica del Señor Jesucristo (IBSJ), Santo Domingo, República Dominicana.

Este artículo fue publicado en el blog de **Coalición por el Evangelio**. Usado con permiso.

La conversión y la arquitectura de tu iglesia



Jeramie Rinne

En el año 2004, nuestro proyecto de construcción de la iglesia chocó contra un muro.

Hasta ese momento, nuestros planes de ampliar el edificio habían avanzado lenta pero firmemente. La congregación había aprobado los planos, votado para construir, reunir fondos y contratar especialistas que nos ayudaran a conseguir los permisos necesarios. Y las autoridades de la ciudad nos otorgaron uno por uno los permisos que solicitamos, hasta que llegamos al Consejo de Salud. En el 2004, este Consejo indicó que los planos de nuestro sistema de sépticos no estaban bien. Así que retiramos nuestra solicitud.

Buenas intenciones

Fue un tiempo confuso para la iglesia. ¿Por qué Dios nos habría llevado tan lejos si finalmente nos iban a rechazar? ¿Por qué no quería Dios que una iglesia creciera, especialmente en nuestra ciudad?

Pero quizás lo más confuso era que nuestro motivo princi-

pal para ampliar el edificio era nuestro deseo de hacer evangelización comunitaria.

La pieza central del proyecto era un gimnasio totalmente equipado. Teníamos pensado usar ese espacio, conocido como el «Centro de Vida Familiar», para programas de evangelización, ligas de baloncesto y hockey para niños, para que los padres dejaran a sus hijos mientras hacían otras diligencias, para conocer a gente nueva y quizás tener oportunidades para hablar de Jesús. En una comunidad como la nuestra donde hay muchos chicos y muchos deportes, el proyecto parecía un ejemplo perfecto de evangelización contextualizada.

¿Por qué no bendecía Dios nuestro sincero deseo de alcanzar a la comunidad?

La pregunta correcta

Las buenas intenciones no siempre vienen de una buena teología, y no siempre traen como resultado buenas prácticas. Los pastores frecuentemente tene-

mos un celo por «alcanzar a la gente para Cristo» que nos lleva de un brinco a la acción evangelística sin pasar, en primer lugar, por una reflexión teológica cuidadosa. Andamos olfateando por aquí y por allá, buscando cosas que «funcionen» para traer a la gente a Jesús. Nos preguntamos unos a otros: «¿Qué está haciendo tu iglesia para alcanzar a otros?». ¿Se trata de cantar las canciones más recientes? ¿Tener una iluminación impactante o un programa nuevo? ¿Mostrar una serie de vídeos basados en un libro popular? ¿Implementar una estrategia de servicio a la comunidad, o un atrevido y exhaustivo plan para reestructurar a la iglesia misma? ¿Quizás la clave sea un edificio nuevo!

Pero algunas veces, para progresar efectivamente en nuestra evangelización, debemos detenernos y dar un paso atrás. En vez de acelerar preguntándonos «¿Qué es lo que funciona?», debemos retroceder y hacernos una pregunta más fundamental: «¿Cómo se convierte la gente?».

La teología engendra la práctica

Los pastores necesitamos hacernos esta pregunta fundamental porque nuestra teología de la conversión engendra nuestra práctica de evangelización.

Si la conversión es meramente un acto de la voluntad de una persona en respuesta al evangelio, entonces nuestros esfuerzos evangelísticos tenderán a enfocarse en las necesidades percibidas y las emociones del oyente. Invertiremos la mayor parte de nuestro capital intelectual intentando averiguar lo que mueve a la gente, y luego gastaremos la mayoría de nuestra energía evangelística fabricando y envasando circunstancias que nos permitan hacer conexiones con la gente e influenciarla. Nuestra predicación del evangelio la haremos cada vez más preocupados de adaptar nuestra comunicación a la mentalidad, sentimientos y deseos de las personas, para que perciban el mensaje de un modo que sea relevante para sus vidas. Si la conversión en última instancia depende de la persona, entonces debemos apelar a la persona. Y si la gente tiene hijos y les gustan los deportes, entonces construir un «Centro de Vida Familiar» tiene mucha lógica.

Sin embargo, si la conversión es fundamentalmente un acto mediante el cual el Espíritu de Dios cambia el corazón a través del mensaje mismo del evangelio, la tendencia de nuestra práctica evangelística irá en una dirección muy diferente. Nos

esforzaremos por explicar claramente el evangelio, en lugar de apelar a las «necesidades percibidas». Si lo que «funciona» es la obra del Espíritu de Dios, a través de la Palabra de Dios, entonces dedicaremos la mayor parte de nuestras energías mentales a estudiar las Escrituras para expresarlas con precisión, en lugar de evaluar cómo los elementos de nuestros cultos pueden calzar con los diversos estilos de aprendizaje de las personas. Lucharemos más por seleccionar canciones con letras fieles a la Biblia, que por orquestar arreglos instrumentales que modifiquen el estado de ánimo de las personas.

¿Y qué del edificio?

¿Quiere decir esta última perspectiva de la conversión que las cosas como la música, los edificios o el carisma personal no son importantes? Sí y no.

Importan en la medida en que sirvan como plataforma de comunicación. Los edificios, por ejemplo, son buenos para que las personas puedan reunirse a escuchar un sermón. Así pues, en ese sentido, necesitamos asegurarnos que los elementos circunstanciales no distraigan nuestra atención del ministerio de la Palabra de Dios en sus diversas formas.

Pero he aquí la clave: la eliminación de las distracciones no es lo que hace que la gente se convierta. El poder la conversión no está en eso ni en una cierta combinación de música, humor, empatía, habilidades

artísticas y atmósfera de santuario. Ninguna de esas cosas puede traer a alguien a Cristo. Sólo el Espíritu de Dios, a través del evangelio, puede convertir a los pecadores y facultarlos para arrepentirse y creer en Jesús. Así que nuestra preocupación por el mensaje debe ser superior a nuestra preocupación por el envase. En la evangelización, ¡el mensaje es el medio!

Por otra parte, el evangelio del poder del Espíritu de Dios puede cambiar los corazones incluso cuando la música es pésima, el predicador no es atractivo, hay defectos del sistema de sonido, y el santuario está dolorosamente pasado de moda. Dios soberanamente convierte a los pecadores por medio de su Palabra.

Crecimiento sin un gimnasio

Mientras nuestra iglesia pasaba por la confusión de nuestros frustrados planes de construcción, nos dimos cuenta de algo extraño. La congregación había crecido y gente había puesto su fe en Jesús, incluso sin un gimnasio. Habíamos seguido proclamando la Palabra de Dios desde el púlpito, en pequeños grupos y en nuestras interacciones diarias fuera de las cuatro paredes de las instalaciones de la iglesia. El Espíritu Santo había estado convirtiendo gente a través del ministerio del evangelio, a pesar de los problemas con nuestros planes de construcción. Aún no habíamos construido el edificio, sin embargo la gente ya había llegado.

Por la gracia de Dios, nuestra visión congregacional experimentó un ajuste de enfoque. Ahora declaramos abiertamente que la predicación expositiva y la proclamación del evangelio son el centro de nuestra misión, y que tienen un rol central en la salvación de las almas. Nuestro proyecto de construcción también cambió. Descartamos los planes de construir un gimnasio y diseñamos un nuevo santuario y un montón de salones de clases. Esta vez queríamos más espacio para que las personas pudiesen escuchar y estudiar la transformadora Palabra de Dios. Fue nuestra teología la que dio dirección a nuestra arquitectura.

Nuestra teología de la conversión engendró nuestra práctica de evangelización.

Y el 18 de septiembre de 2011 celebramos nuestro primer servicio en el nuevo santuario.

La moraleja de la historia

¿Cuál es la moraleja de la historia? ¿Que si usted tiene la teología correcta, Dios bendecirá sus proyectos de construcción de la iglesia y aumentará el número de los asistentes? Por supuesto que no. No podemos manipular al soberano Señor.

¿La lección es que está mal que las iglesias construyan gimnasios, o que los cristianos or-

ganicen una liga de *softbol* entre iglesias y la utilicen para establecer relaciones con los no creyentes? Claro que no. Todavía me gusta la idea de que nuestros hijos y los ministerios juveniles tengan un gimnasio, y es bueno entablar amistades con los no cristianos.

Pero éste es el punto: cuando entendamos que la conversión es un milagro forjado por el Espíritu y obrado a través de su Palabra, enfocaremos cada vez más nuestros recursos evangelísticos en la articulación clara del evangelio, y no en hacer que el evangelio sea más atractivo y relevante para un mundo incrédulo.

Jeramie Rinne es escritor y el pastor principal de la *Evangelical Community Church* en Abu Dhabi, Emiratos Árabes Unidos.

Traducido por **Alejandro Molero**.

El subestimado poder pastoral de la correcta doctrina de la conversión



Jonathan Leeman

Una apropiada doctrina de la conversión te dará poder pastoral.

Ilustración personal

Permíteme compartir en seguida una ilustración. En una ocasión confesé un deseo ilícito a un amigo mío, y le expliqué que, paradójicamente, mi teología sabía que eso estaba mal, pero que parte de mi ser era tentado a justificarlo porque sentía que eso estaba «enraizado en mi persona» y que «era parte del cableado de mi alma». Esas fueron las palabras que utilicé para explicarle hasta qué punto el deseo me hacía sentir, verdaderamente, como mi auténtico yo.

Mi amigo, con dulzura, se limitó a citar, para mí, Efesios 4:22, que lee: «en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del *viejo hombre*, que se corrompe según los deseos engañosos». Y destacó «el viejo hombre» enfáticamente. Sí, es cierto que tales deseos pueden estar entretejidos o cableados en mi propia persona. Tu viejo hombre está corrompido. ¿Qué esperabas,

Jonathan? Esos deseos, en cierto sentido, son *yo mismo*.

Ah, pero hubo buenas noticias a la vuelta de la esquina. Mi amigo terminó de leer el pasaje: pero «que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente, y os vistáis del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad» (v. 23-24). Espera un segundo, tengo un nuevo ser, ¿no es cierto? Hay un viejo yo, por supuesto, pero también hay un nuevo yo. Y este nuevo yo se está creando... recuerda, retén esto... a la semejanza de Dios.

Dicho brevemente, mi amigo me recordó mi conversión con unas pocas palabras de la Escritura. Y en el estado de ánimo melancólico que yo había tenido ese día, alimentado por la frustración de querer algo que no podía tener, su recordatorio me devolvió la alegría. Me dio esperanza.

Dos lugares de poder pastoral

¿Ves cómo hay poder pastoral en una comprensión adecuada de la

conversión? ¿En las realidades y promesas de una nueva creación de vida?

1. Te da la capacidad de animar y avivar a tus hermanos y hermanas en Cristo, que están atrapados por el pecado.

Tal vez sea una adicción. Quizás es un sentimiento de odio hacia un hermano o hermana en la iglesia. Puede ser un sentido de desesperación cuya causa permanece oculta. Lo que sea. En muchos de estos casos, el pecado, mentiroso como es, pretende ser inevitable. Se pone la máscara de lo «real» o «auténtico» o del «cómo me siento» o lo «natural», e incluso, lo «justo». Sin embargo, una adecuada doctrina de la conversión expone la mentira en todas sus posturas. «Sí, tus sentimientos pueden ser naturales, pero no, tú no estás atrapado por ellos, puesto que el cristianismo es sobrenatural. Tú eres libre».

La gente se siente obligada por su pecado, la doctrina cristiana de la conversión ayuda a

los cristianos a saber que no lo están. Aun cuando la lucha es larga, y cada dos pasos hacia adelante parecen ser seguidos por un paso atrás (¡o más!), el poder del cambio proviene del reconocimiento de lo que Cristo ha hecho en la hechura de una nueva persona.

2. Te da la capacidad para asegurarles a los cristianos de su nueva y diferente clase de vida.

El cristianismo ofrece la vida del Hijo, a cuya imagen se nos está rehaciendo. Es una vida de santidad, de amor y de unidad con el pueblo de Dios. Es una vida de sufrimiento, pero también de saber de la esperanza y del poder de la resurrección en medio de tanto sufrimiento.

Y aquí está lo sorprendente. Estas garantías no sólo pertenecen a los llamados «imperativos del Nuevo Testamento»: «Id y sed santos y permaneced unidos los unos con los otros». Ellas pertenecen a los indicativos: «Esto es lo que tú *eres*». Hay un hombre nuevo, y ese nuevo ser es uno con los santos y es santo como el Hijo.

El contexto cultural

Ahora bien, hay un telón de fondo cultural en todo esto que vale la pena reconocer. Nuestra cultura romántica favorece lo real, lo natural, lo auténtico. El auto-des-

cubrimiento y la auto-expresión son nuestros actos morales más grandes. Y estas actitudes se han infiltrado en las iglesias y han remodelado nuestras ideas acerca de la conversión, la pertenencia y hasta nuestra identidad nueva en Cristo. Los pastores dirán que todos estamos en una búsqueda permanente. Todos estamos en nuestro propio viaje. Eso significa que usted dé un paso y luego otro, y luego otro.

Sin embargo, lo que le falta a la lógica de estas populares metáforas pastorales es la idea de la ruptura decisiva con el pasado: un rescate de la potestad de las tinieblas, la muerte y la resurrección. Un viaje de descubrimiento es una cosa muy distinta de un entierro y una resurrección, de un hombre viejo y un nuevo yo.

Es cierto que las vivencias nos cambian. Estamos evolucionando a través de las vivencias. Y, a decir verdad, el crecimiento espiritual puede sentirse menos parecido a la transformación de las orugas en mariposas y más similar a una tabla de progresión evolutiva. Mi punto de vista significa que ese lenguaje no tiene puntos de conexión espiritual. Pero no debemos olvidar lo que el Nuevo Testamento enseña acerca del poder de la escatología de última hora en la historia actual. La nueva creación ocurre ahora, no en el futuro. ¡Esa es la conversión!

Sentado frente al alcohólico

Así que estás ahí, sentado frente al alcohólico, o a la víctima de la infidelidad conyugal, o al diácono intratable que está causando una división en la iglesia, o quizás estás frente a la joven pareja que no soporta el tener que cantar himnos. ¿Cuál es tu tarea? Debes recordarles que son *cristianos*.

Tal vez los ayude que tú vuelvas a recordarles su bautismo, como lo hace Pablo en Romanos 6. Ellos han sido sepultados y resucitados ¡Guao! ¿Realmente quieren seguir pecando, o quieren buscar la libertad, van a buscar el poder de perdonar o van seguir insistiendo en su propio camino, al igual que lo hace el mundo? ¿Cómo podrían? Han muerto al pecado, y han trazado una nueva vida con Cristo.

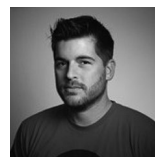
Tu tarea pastoral, de una manera u otra, es encontrar las palabras y hacer las preguntas que permitan a los santos, todavía pecadores, entender lo que significa ser... escucha bien... un cristiano *nacido de nuevo*.

En pocas palabras: predica, enseña, canta, alaba a Dios en oración, y promueve la doctrina correcta de la conversión. Hay poder subestimado allí. Cuanto más lo entienda su gente, más poder pastoral tendrá para pastorearlos. No sólo eso, van a poseer tal poder para persuadirse y equiparse el uno al otro.

Jonathan Leeman es el Director Editorial de 9Marks.

Traducido por **Nazareth Bello**.

Seis formas de darle una falsa seguridad a tu gente



Mike McKinley

Como pastor, interactúo con muchas personas que luchan por tener confianza en la autenticidad de su conversión. En su opinión, se aferran estrechamente a su pecado y sus fallas están siempre a mano. La mayoría de las veces, encuentro que estos son hermanos y hermanas fieles que necesitan consuelo y seguridad.

Pero hay otro grupo de personas en muchas de nuestras iglesias que son mucho más preocupantes: aquellos con una creencia firme pero infundada de que están genuinamente convertidos. Tal vez conozcas a alguien así. Ellos saben las palabras correctas. Se mantienen libres del escandaloso pecado público. Y son personas morales. Pero no tienen ningún fruto verdadero, no hay evidencia de que el Espíritu convertidor de Dios esté obrando dentro de ellos. Y, a menudo, hay un área no tratada de pecado secreto.

Seis maneras en las cuales los pastores fomentan falsa seguridad
Estas personas son difíciles de al-

canzar, es como si hubieran sido inoculadas al evangelio. ¡Creen que ya tienen lo que más necesitan y, por lo tanto, no están buscando nada más! Y si hay un área de pecado oculto, hace tiempo que hicieron las paces con él.

Tristemente, nuestras iglesias son al menos en parte culpables de su presencia en medio de nosotros. Permítanme sugerir seis maneras en las que los pastores podemos ayudar inadvertidamente a fomentar la falsa seguridad en personas como estas.

1. Asumir el evangelio

Es fácil suponer que las personas en nuestras iglesias entienden y creen en el evangelio. Después de todo, están en la iglesia un domingo por la mañana. Pero el hecho real es que muchas de nuestras iglesias han dado por hecho la comprensión del mensaje por parte de la congregación. Como resultado, nuestras iglesias están llenas de personas que pueden comprender algunas de las implicaciones del evangelio (por ejemplo, cómo ser un

mejor esposo, cómo manejar su enojo, etc.) y vivir vidas morales sin apropiarse del evangelio por sí mismos.

Esto es espiritualmente mortal porque las vidas morales pueden ser la evidencia de la fe de alguien en el evangelio, pero también pueden ser la evidencia de autojustificación y el fariseísmo. Seguramente es correcto enfatizar que la fe que justifica nunca está sola, que las buenas obras siempre acompañan a la verdadera fe. Pero primero debemos enfatizar que somos justificados solo por la fe, y debemos enfatizar esto una y otra vez, de lo contrario las obras que tú ves no serán las obras de una justificación salvadora. Cuando no se aclara el evangelio, cuando el predicador no señala claramente el Camino al cielo y la carretera al infierno, entonces la gente asumirá que su moralidad o la asistencia a la iglesia le dan motivos para la seguridad.

En resumen, no prediques el moralismo. Nunca. Predica el evangelio todas las semanas.

Y luego, con los indicadores del evangelio firmemente establecidos, predica los imperativos que necesariamente le siguen.

2. Darles una visión superficial del pecado

La Biblia nos enseña que el pecado no es solo algo que hacemos, sino lo que somos en nuestro estado caído. Las Escrituras nos enseñan que todos estamos espiritualmente muertos (Ef2:1-2), esclavos del pecado (Jn. 8:34), culpables de violar la totalidad de la ley de Dios (Stg. 2:10) y condenados experimentar la ira justa de Dios (Ro. 1:18). Somos pecadores de principio a fin.

Las personas con seguridad infundada a menudo malinterpretan el pecado. Si el pecado es simplemente una cuestión de comportamientos externos y observables, entonces con un poco de esfuerzo y disciplina pueden resolver sus propios problemas. Pero si podemos obligarlos a luchar regularmente con la enseñanza bíblica sobre su pecado, entonces se verán obligados a ver su necesidad del nuevo nacimiento y una salvación que proviene de fuera de su propia persona.

3. Tratar la pertenencia a la iglesia y la disciplina de manera ocasional

La membresía en una congregación local está destinada a darles a los creyentes la seguridad de su salvación. Es un sello corporativo de aprobación de alguien que declara ser cristia-

no. Cuando una congregación examina la profesión de fe y la manera de vivir de alguien y luego bautiza a esa persona y la admite en la Mesa del Señor, la iglesia dice: «Hasta donde podemos decir, y con el poder y la sabiduría que Cristo nos ha dado, usted es uno de nosotros». En la otra cara de la moneda, cuando una iglesia excomulga a alguien, le quitan ese sello de aprobación. La congregación le está diciendo al individuo que sus acciones han socavado la credibilidad de su profesión de fe y la base de su seguridad.

Pero cuando una iglesia es indiferente con su membresía, cuando permite que las personas que no asisten a la iglesia mantengan su membresía, fomenta la falsa seguridad. ¿Cuántas personas irán al infierno porque su membresía no supervisada por la holgazanería pastoral les da una falsa confianza?

4. Enseñarles a basar su seguridad en una acción externa

Como ya hemos notado, el evangelio exige una respuesta de nosotros. Y las iglesias y los programas de evangelización a veces han encontrado útil presentar algún método para que las personas expresen su nuevo compromiso con Cristo. Algunas ofrecen a las personas la oportunidad de decir una «oración del pecador». Otras les ofrecen la oportunidad de caminar por el pasillo el domingo o llenar una tarjeta. Y esas acciones externas pueden ser realmente una

respuesta genuina a la obra de conversión del Espíritu.

Pero también pueden ser engañosas. Es posible para ti decir una oración, caminar por un pasillo y firmar una tarjeta y aún estar completamente perdido en tus pecados. Por lo tanto, si alentamos a las personas a tener seguridades basadas en algún tipo de actividad externa que se pueda realizar independientemente del nuevo nacimiento, los ponemos en grave peligro espiritual.

¿Cuántas personas caminan completamente perdidas, pero seguras de que van al cielo porque una vez hicieron una oración cuando eran niños?

5. No conectar la justificación y la santificación para tu gente

En un esfuerzo bien motivado por magnificar la gracia gratuita de Dios, es posible enseñar la verdad de la justificación por la fe sola a través de Cristo sin conectar todos los puntos para nuestros oyentes. Pero la enseñanza de las Escrituras es que la obra justificadora de Cristo siempre producirá el fruto de justicia en las vidas de los creyentes (para ver un ejemplo, vea la lógica de Ro. 6:1-14). Una desconexión entre la justificación y la santificación es muy peligrosa para los creyentes. Socava su comprensión de la necesidad de la santidad personal y su motivación para amar a Dios con su obediencia. Pero es doblemente peligrosa para aquellos que tienen falsa seguridad, porque los alienta a pensar que es posible

vivir en abierta rebelión contra Dios y aún verse como personas justas.

6. Enseñarles a ignorar las advertencias de la Biblia

Las Escrituras están llenas de terribles advertencias para quienes abrazan el pecado y/o

abandonan la fe (por ejemplo, Mt. 5:27-30, He. 6:1-6). En nuestros esfuerzos por enseñar claramente el cuidado soberano de Dios para su pueblo, es posible socavar la fuerza de estas advertencias dando la impresión de que no se aplican a los creyentes.

Pero esas advertencias están en las Escrituras con un propósito. Son verdad y son una de las maneras en que Dios evita que su pueblo se pierda. Un pastor sabio advertirá a su congregación sobre la gravedad del pecado y la apostasía, y llamará a todos sus oyentes a resistir en la fe.

Mike McKinley es escritor y pastor de Sterling Park Baptist Church en Sterling, Virginia, Estados Unidos.
Traducido por **Vladimir Miramares**.

Cómo tu entendimiento de la conversión impacta tu ministerio



Jonathan Leeman

Los no calvinistas tienen razón: el entendimiento de una iglesia acerca de la conversión *impactará* su práctica del ministerio.

Ahora bien, los no calvinistas temen que creer en la soberanía de Dios sobre la conversión produce pasividad e inactividad en la evangelización. No creo que esto sea cierto, pero el instinto subyacente aquí es correcto: tu doctrina de la conversión impulsará, como un motor, tus prácticas ministeriales en una dirección u otra.

Entonces, ¿de qué manera responden tú y tu iglesia preguntas doctrinales como estas?:

- ¿Es Dios soberano sobre la conversión? Si es así, ¿cómo y de qué modo?
- ¿Qué rol desempeña la predicación del evangelio en la conversión en relación a otros incentivos humanos?
- ¿La conversión implica solamente fe o arrepentimiento y fe?
- ¿Qué tiene que ver la conversión con nuestra inclusión en el cuerpo de Cristo?

Las respuestas de tu iglesia a tales preguntas determinarán su alcance al hacer discípulos.

Algunos ejemplos

Supongamos que la doctrina de un pastor acerca de la conversión da lugar a la necesidad de la «fe», pero minimiza el llamado al «arrepentimiento». Sus sermones podrán ofrecer gloriosos argumentos apoloéticos para el intelecto, pero no habrá mucho acerca de la ley de Dios para la conciencia o del amor de Dios para el corazón.

O supongamos que una iglesia afirma la necesidad del individuo de arrepentirse y creer, pero no deja espacio a la soberanía de Dios sobre la salvación. Las prácticas de dicha iglesia, con el transcurso del tiempo, pueden inclinarse hacia lo pragmático, en el mejor de los casos, y hacia la manipulación, en el peor de ellos. O, alternativamente, si una iglesia enfatiza la soberanía de Dios sobre y en contra del llamado al arrepentimiento y la fe, bien puede fallar en invitar,

más aún, en instar a las personas que prueben y vean la bondad del Señor.

O supongamos que una iglesia afirma que, para ser cristiano, Jesús debe ser tu Salvador, pero niega que Él también debe ser tu Señor. Puede tener un rol para la membresía de la iglesia, pero no tendrá un rol para la disciplina de la iglesia, que a su vez volverá a determinar lo que es la membresía y eventualmente carecerá de sentido. La membresía no será acerca de que los cristianos crezcan juntos en el carácter de Cristo, sino de atraer consumidores.

O supongamos que la doctrina de la conversión de una iglesia hace hincapié en la obra del evangelio de reconciliarnos con Dios (como en Ef. 2:1-10), pero tiende a descuidar la obra de ese mismo evangelio de reconciliarnos con la familia de Dios (como en Ef. 2:11-12). La iglesia puede hacer un buen trabajo fomentando vidas en santidad e incluso el ministerio de todos los miembros, pero es posible que no escuches mucho acerca de cómo

vivir nuestras vidas diarias en hospitalidad y cuidado mutuo, como observamos en los primeros capítulos del libro de Hechos.

Obviamente, estoy hablando a grandes rasgos. Además, las personas pueden decir que creen una cosa, y hacer otra, porque puede existir un espacio entre lo que *pensamos* que creemos y lo que *en realidad* creemos o

confiamos. Esto quiere decir, en otras palabras, que nuestra práctica en ocasiones es mejor que nuestra doctrina, pero a veces es peor. Los ministerios calvinistas pueden parecer no calvinistas, y los no calvinistas pueden parecer calvinistas.

No obstante, en general, la doctrina de la conversión que redactamos en papel siempre pro-

ducirá tendencias ministeriales, aunque no sean inevitables. Lo importante, por tanto, es trabajar para conocer lo que la Biblia enseña acerca de la conversión, y luego esforzarnos por descubrir cómo esto impacta de manera práctica el hacer discípulos. Podrías decir que existe una línea de dominós entre lo doctrinal y lo práctico.

Jonathan Leeman es el Director Editorial de 9Marks.

Traducido por **Nazareth Bello**.

Alcanzando al «convertido»



Bob Johnson

Algunas de nuestras oportunidades evangelísticas más obvias es con personas que son miembros de nuestras iglesias. Ya tienes una relación con ellas. Ya tienes la ventaja de hablarles de manera consistente sobre el evangelio. También tienes algunas oportunidades establecidas por Dios para personalmente dirigirlos hacia Cristo.

Pablo advirtió a los ancianos de la iglesia de Éfeso de que los rapaces se acercarían a ellos y buscarían hacer un gran daño al rebaño (Hch. 20:29). Cristo advirtió a varias de las iglesias de Apocalipsis (Ap. 2-3) que tenían no creyentes entre ellos. Si estas iglesias tenían no creyentes entre ellos, probablemente hay algunos entre nosotros también. Pero, ¿cómo los alcanzamos?

Cómo alcanzar a los miembros que no son convertidos

Estoy asumiendo que fielmente predicas el evangelio y diriges a tu gente hacia Cristo. El efecto

de la predicación fiel es como el napalm?: tiene una manera de eliminar todo lo demás. Pero, para poder conquistar, aún necesitas tropas terrenales. Así que, mientras estás predicando gozosamente a Cristo, busca también dar estos pasos.

1. Ora por las conversiones los miembros de tu iglesia

Primero, ora por la conversión de los miembros de tu iglesia. Ora para que Dios separe los hipócritas de los genuinos. Yo asumiría que la mayoría de los pastores oran públicamente al inicio y conclusión de su predicación. Estas son oportunidades maravillosas para orar sobre este asunto crítico—para que las personas no dependan de su membresía como algo otorgado a ellos para establecer un estatus ante Dios, sino para que se arrepientan de verdad y confíen en Cristo.

2. Predica sobre la conversión de los miembros de tu iglesia

Segundo, predica sobre la conversión de los miembros de

tu iglesia. Si estás predicando de manera expositiva, no puedes predicar muchos sermones sin llegar al asunto de las conversiones falsas. En tu predicación, presenta el punto con historias de tu propia iglesia.

Cuando alguien se bautiza, le damos la oportunidad de explicar el evangelio y cómo llegaron a su fe en Cristo. El mes pasado, David le dijo a nuestra iglesia cómo había fingido por años ser un creyente. Su historia es un gran ejemplo que menciono frecuentemente.

3. Ten esto presente en la consejería

Tercero, ten esto presente en la consejería. Devin (no es su nombre verdadero) y su esposa se reunieron conmigo para consejería matrimonial. Devin no estaba muy interesado en ese momento, pero según manifestó eventualmente, él pensó que había encontrado otra persona. Un domingo, lo detuve luego del servicio y le dije que si seguía por ese camino, necesitaba saber

que no podía decir con confianza que era un seguidor de Cristo. De hecho, su determinación a seguir con esa relación adúltera puede ser un indicador de que nunca se había convertido en un seguidor genuino de Cristo.

Devin no se arrepintió, pero Greg (no es su nombre verdadero) sí lo hizo. Greg conoció una joven en un viaje de negocios y estaba buscando dejar a su esposa e hijos por ella. Me senté en la mesa de su cocina una noche y le pregunté que prefería, a Cristo o a la joven, porque no podría tenerlos a ambos. Aunque Greg profesaba la fe y se había unido a la iglesia años atrás, su vida había demostrado muy poco fruto del evangelio. Greg dobló las rodillas de su corazón a Cristo y por la gracia de Dios, no sólo fue redimido, sino que su matrimonio fue restaurado.

4. Ten esto presente en las visitas a hospitales y otras visitas, y en situaciones de muerte

Cuarto, ten esto presente en las visitas a hospitales y otras visitas, y en situaciones de muerte. Chuck (su nombre verdadero) estaba en el hospital. El doctor le había dicho que no había nada más que hacer por su corazón. Él ya había sobrepasado las expectativas, pero el final estaba cerca de morir. Chuck era un hombre de negocios exitoso y había estado involucrado en muchas organiza-

ciones cristianas. En iglesias anteriores, él había servido en juntas y enseñado clases. Ahora estaba muriendo y estaba aterrorizado.

Chuck tenía un secreto que muy pocas personas conocían. Durante la segunda guerra mundial él lanzó bombas sobre Japón, tirando miles sobre ese país. Él sabía que había matado cientos y hasta miles de personas. En su misión #24, su avión fue alcanzado y afectado de muy mala manera, pero él pudo llegar de vuelta a la base. Sin embargo, su copiloto murió. Chuck fue elegido para volver a casa luego de su misión #25, pero estaba tan molesto sobre la muerte de su copiloto que se inscribió para otras 25 misiones y luego otras 25 misiones, para así matar más japoneses. Y lo hizo. Luego de 76 misiones, finalmente volvió a casa.

Durante su viaje de vuelta hacia Michigan, él estaba en una base en California donde conoció algunos prisioneros de guerra japoneses. Algunos de ellos eran muy amables y le dijeron que ellos no querían la guerra. Ellos sólo querían volver a casa. Ellos le mostraron fotos de esposas e hijos. La ira de Chuck se convirtió en temor. Él asumió que había matado algunas de sus esposas e hijos. Él comenzó a darse cuenta de que no solo había matado ciudadanos, sino que había pedido hacerlo.

Ahora, sesenta años más tarde, la realidad de encontrarse con Dios reveló su temor más profundo. Él moriría y sería condenado al infierno. Chuck terminó su historia, puso sus rodillas entre sus brazos, se apartó de mí y miró fijamente la pared. Su cuerpo frágil hacía que aún la cama de hospital se viera grande. Chuck me había escuchado predicar el evangelio por años, pero ese día era obvio que mientras pensaba si era verdad, simplemente no era verdad para él. Su caso era diferente.

Me senté silenciosamente y traté de imaginar el peso de su culpa, luego le dije «Chuck, tu eres un gran pecador, pero Jesús es un mayor Salvador». Chuck respondió como si hubiera sido tocado por un rayo de luz. Él me miró como si fuera la primera vez que escuchaba esto. Sus ojos se abrieron grandes, su cara estaba animada, y dijo, «¡Eso es, ¿no es así? Jesús es un mayor Salvador de lo que yo soy pecador».

Chuck murió dos semanas más tarde. El gozo de su vida en aquellas dos semanas hizo evidente para todos los que lo visitaban que sus cadenas habían sido rotas. Su corazón fue libre. Tus miembros te permitirán entrar en sus pensamientos más privados. Puede que descubras que lo que necesitan es creer en Cristo—por primera vez.

Bob Johnson es pastor principal de Cornerstone Baptist Church en Roseville, Michigan.

Este artículo fue traducido por **Samantha Paz**.

El componente corporativo de la conversión



Jonathan Leeman

Si tu doctrina de la conversión no incluye el elemento corporativo, entonces le falta una parte esencial del todo. La cabeza del pacto está relacionada con el pueblo del pacto.

Primero vertical, e inseparablemente también horizontal.

Eso no quiere decir que debemos poner el elemento corporativo al frente. Uno pudiese coincidir con el conocido comentario de N. T. Wright acerca de la justificación «no tanto sobre la doctrina de la salvación como de la eclesiología, no tanto sobre la salvación como acerca de la iglesia».⁴ Sin embargo, esto es un claro ejemplo, en la casi tan conocida perspectiva de Douglas Moo, de poner en segundo plano lo que el Nuevo Testamento prioriza y viceversa (citado por D. A. Carson en “Faith and Faithfulness” [«Fe y Fidelidad»]).

⁴ *What Saint Paul Really Said [Lo Que Realmente Dijo San Pablo]*, 119.

No puede haber verdadera reconciliación entre los seres humanos hasta que los individuos pecadores se reconcilien previamente con Dios. Lo horizontal, necesariamente, sigue a lo vertical. La eclesiología sigue, indeliblemente, a la soteriología. Esto equivale a decir que el elemento corporativo no debe ser lo primero, a menos, que perdamos la perspectiva.

Sin embargo, debe estar presente. De hecho, el elemento corporativo debe permanecer dentro de la estructura misma de la conversión. Nuestra unidad corporativa en Cristo no es tan solo una consecuencia de la conversión sino que es parte de ella misma. Ser reconciliado con el pueblo de Dios es *distinto de*, pero al mismo tiempo, *inseparable de* ser reconciliado con Dios.

A veces nuestro énfasis se pierde en la mecánica de la conversión, como cuando nuestras discusiones doctrinales no van más allá de la relación entre la soberanía divina y la responsabilidad humana o de la necesi-

dad del arrepentimiento y de la fe. No obstante, una verdadera comprensión de la conversión debe incluir también una explicación de que nos estamos moviendo *desde y hacia*. Ser convertido implica ser pasado de muerte a vida, desde el dominio de las tinieblas al dominio de la luz. Y esto incluye ser movido desde el desamparo a pertenecer a un pueblo, de ser una oveja descarriada a pertenecer a la manada, de ser algo desmembrado a ser miembro de un cuerpo.

Observa las declaraciones paralelas de Pedro:

- Antes «no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios»
- Antes «no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia» (1 P. 2:10).

Recibir misericordia (reconciliación vertical) es simultáneo a convertirse en un pueblo (reconciliación horizontal). Dios tiene misericordia de nosotros

perdonando nuestros pecados, y una consecuencia necesaria de ello, es la inclusión en Su pueblo.

Naturaleza corporativa de los pactos

De hecho, el elemento social de nuestra conversión se puede apreciar observando apenas la estructura del pacto en la Biblia. Es cierto que todos los pactos del Antiguo Testamento encuentran su cumplimiento en la simiente (en singular) de Abraham. Jesús es el nuevo Israel. Sin embargo, también es cierto que todo lo que está unido a Cristo a través de la nueva alianza también se convierte en el Israel de Dios y la simiente (en plural) de Abraham (Gá. 3:29; 6:16).

En otras palabras, la cabeza del pacto trae consigo, por definición, al pueblo del pacto (ver Ro. 5:12 y ss). Pertenecer al nuevo pacto, entonces, es pertenecer a un pueblo.

No sorprende entonces que las promesas del Antiguo Testamento de un nuevo pacto estén, por tanto, relacionadas a un pueblo: «Y no tendrán que enseñar más cada uno a su prójimo y cada cual a su hermano, diciendo: “Conoce al SEÑOR”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande —declara el SEÑOR— pues perdonaré su maldad, y no recordaré más su pecado» (Jer. 31:34).

Verticalidad y horizontalidad en Efesios 2

Toda la historia se exhibe maravillosamente en Efesios 2. Los

versículos del 1 al 10 explican el perdón y la reconciliación vertical con Dios: «Porque por gracia habéis sido salvados» (v. 8). Los versículos del 11 al 20 presentan, acto seguido, la reconciliación horizontal: «Porque Él mismo es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación» (v. 14).

Observa que la acción del versículo 14 está en tiempo pasado. Cristo ya ha hecho a los judíos y a los gentiles un solo pueblo. No hay imperativo aquí. Pablo no está ordenando a sus lectores que busquen la unidad. Antes bien, él está hablando en modo indicativo. Esto es lo que ellos son porque Dios lo ha hecho, y Dios lo hizo en el mismo lugar que logró la reconciliación vertical, en la cruz de Cristo (véase también la relación entre indicativo e imperativo en Efesios 4:1-6).

En virtud del nuevo pacto de Cristo, la unidad corporativa pertenece al modo indicativo de la conversión. Ser convertido es ser hecho un miembro del cuerpo de Cristo. Nuestra nueva identidad contiene un elemento eclesial. Cristo nos ha hecho personas eclesiales.

Aquí está una imagen sencilla. Supongamos que mamá y papá van hasta el orfanato para adoptar un hijo, traerlo a casa y colocarlo alrededor de la mesa de la familia con un nuevo conjunto de hermanos y hermanas. Pero ser un hijo no es lo mismo que ser un hermano. La filiación es lo primero. Sin embargo, la hermandad, necesariamente, le sigue.

Es como decir que la conversión nos califica para una foto de familia.

Aplicación personal: ¡únete a una iglesia!

¿Cuál es la aplicación para nuestras vidas? Simplemente: ¡únete a una iglesia!

Usted ha sido hecho justo, por lo tanto, debe ser justo. Usted ha sido hecho miembro del cuerpo de Dios, por lo que debe unirse a un cuerpo real. Usted ha sido hecho uno, así que debe ser uno con un grupo real de cristianos.

Aplicación corporativa: asume la mecánica correcta

¿Qué significa esto para nuestras iglesias? Esto significa que conseguir los antes mencionados mecanismos verdaderos de conversión en nuestra doctrina es de gran importancia. Queremos tener concepciones fuertes tanto de la soberanía divina como de la responsabilidad humana, tanto del arrepentimiento como de la fe. Los desequilibrios aquí darán lugar a una iglesia desequilibrada y enferma. Lo que se pone en la cazuela de la conversión se convertirá en la sopa de la iglesia.

Si tu doctrina de la conversión carece de una fuerte concepción de la **soberanía de Dios**, tu predicación y tu evangelización correrán el riesgo de convertirse en manipuladoras y complacientes al hombre. Tu enfoque hacia el liderazgo es más que probable que derive

en un enfoque pragmático. Correrás el riesgo de quemarte a ti mismo y a tu congregación con un horario sobrecargado de actividades. Tus prácticas de membresía se convertirán en derechos o beneficios en base a obras (como un club social). Tus prácticas de rendición de cuentas y de disciplina se desvanecerán por completo. Vas a poner en riesgo la santidad. La lista continúa.

Si tu doctrina de la conversión carece de una fuerte concepción de la **responsabilidad humana**, es más que probable que hagas una mala mayordomía de tus propios dones, así como los dones de tu congregación. Es más que probable que caigas en tentaciones hacia la complacencia en la evangelización y en la preparación de sermones. Puede ser menos propenso a comunicar el amor y la compasión hacia los que te hieren. Puedes acercarte a los demás con aspecto grave o dando palmaditas, sin involucrarte realmente en sus vidas. Puedes sufrir de una vida de oración débil, por lo que perderás todas las bendiciones que podrían ser tuyas. Pones en riesgo el amor. La lista continúa.

Si tu doctrina de la conversión carece de una fuerte concepción del **arrepentimiento**, te apresurarás a ofrecer una garantía de la salvación, y serás lento para pedirle a la gente que asuma el costo de seguir a Cristo. Será más tolerante con lo mundano y con la división en la iglesia, y los miembros de la iglesia sólo pueden tolerar estas cosas porque muchos de ellos permanecerán en las aguas poco profundas de la fe. El nominalismo también será más común, porque la gracia es barata. En general, a la iglesia le gustará mucho cantar a Cristo como Salvador, pero no tanto acerca de Cristo como Señor, ya no se verá muy diferente al resto del mundo.

Si tu doctrina de la conversión carece de una fuerte concepción de la **fe**, tendrás una iglesia llena de legalistas ansiosos, autojustificados y complacientes de hombres. Los miembros más disciplinados de la iglesia se sienten, auto-engañándose, bien consigo mismos, mientras que los miembros menos disciplinados, en silencio, esconden su pecado secreto y cada vez aprenden a condenarse a sí mismos y a no molestar a los otros. La transparencia será algo raro; siendo

lo común la hipocresía. Los no conversos y los pródigos percibirán que no se siente la calidez y la compasión de la verdadera gracia. Las preferencias culturales se confundirán con la ley. A la iglesia le va a gustar cantar acerca de las órdenes de marcha de Cristo Rey, pero no tanto sobre un Cordero manchado de sangre, un Cordero que fue inmolado por ellos.

Estoy exagerando, por supuesto. Las cosas no ocurren exactamente así. Pero la idea básica en todos estos ejemplos es mostrar la estrecha conexión entre la conversión y la iglesia. Si la conversión implica necesariamente un elemento corporativo, o, más concretamente, si las conversiones individuales producen esencialmente un pueblo unido, todo lo demás que permanezca en tu doctrina de la conversión afectará dramáticamente el tipo de iglesia que llegas a ser.

¿Quieres una iglesia saludable? Entonces, trabaja en tu doctrina de la conversión, y enseña todas las partes de la misma a tu gente. Asegúrese, además, que las estructuras y programas de tu iglesia sean coherentes con esta doctrina multifacética y de gran alcance.

Jonathan Leeman es el Director Editorial de 9Marks.

Traducido por **Vladimir Miramares**.

¿De qué manera «pertenece antes de creer» redefine la iglesia?



Michael Lawrence

Desde quien creo que soy hasta lo que creo sobre la vida y el universo, mis creencias son construidas socialmente. Esto no significa que no tomo decisiones independientemente. Simplemente significa que el contexto social en el que vivo determina grandemente el rango de opciones de las que escogeré. Aún más, la cultura recompensa algunas opciones y penaliza otras con su aprobación o desaprobación. Algunas veces la recompensa es financiera. Pero aún más fuerte que la recompensa material es la recompensa social, intelectual y emocional de ser considerado normal, saludable o un miembro bien ajustado de la sociedad. Somos seres sociales, por lo que queremos ser incluidos en el grupo.

Y esto significa que, sin importar los méritos objetivos de una idea, algunas ideas parecerán más creíbles o atractivas que otras. Es difícil creer algo cuando todas las personas que conocemos opinan que es una locura.

Por otro lado, es mucho más fácil creer algo cuando todos los que conocemos opinan que es obviamente cierto. No somos islas en el mar; somos un grupo de peces en el mar y simplemente hace sentido seguir la corriente.

La iglesia dice: «no es tan loco como piensas»

¿Qué pasa cuando aplicamos estas ideas básicas a la iglesia local y su tarea de evangelizar? De repente, te das cuenta de que la iglesia local es mucho más que una estación de predicación o un lugar de actividades de evangelización. Y puedes ver que la tarea de evangelizar no está restringida a los profesionales en el personal de la iglesia.

Por el contrario, la comunidad completa se convierte en un elemento crucial de la proclamación del evangelio. Esa comunidad se convierte en la alternativa más razonable ante la incredulidad. Se convierte en una subcultura que demuestra lo que es vivir para amar y seguir a Jesús y, por lo tanto, amar

y servirse los unos a los otros. Y todo esto sucede mientras los miembros de la iglesia viven esa vida juntos. Desde las reuniones públicas hasta los grupos pequeños de estudio bíblico; desde las reuniones informales alrededor de la mesa durante la cena hasta los eventos puramente sociales; la vida juntos no tan solo refuerza la creencia compartida, sino que también le comunica a los no creyentes en el mundo que los ven: «Esto no es tan loco como piensas, y si das el paso de no creer a creer, no estarás sólo».

En otras palabras, la iglesia se convierte en una estructura de fe admirable. ¿Tiene sentido?

Un paso más allá: pertenecer antes de creer

Sin embargo, en las últimas décadas muchas iglesias han tomado esta idea un paso más allá. Si ver una alternativa admirable desde afuera puede ayudar a alguien a moverse de no creer a creer, ¿no sería aún mejor que lo puedan

ver desde adentro? Si queremos recomendar el evangelio a los no cristianos, entonces ¿qué puede ser más efectivo que invitarlos a entrar, dejarlos probar el evangelio antes de que se comprometan o crean algo? Si la comunidad es la herramienta más fuerte que tenemos, entonces dejemos a las personas entrar, no como unos observadores desde afuera, sino como unos participantes —cautelosos— de nuestra vida corporativa.

¿Cuál sería el resultado? Los «no creyentes» ahora son considerados como «buscadores». Se convierten en compañeros de viaje en la jornada junto a nosotros, solo en una etapa diferente.

Prácticamente, esto significa permitirle a no creyentes unirse a todo, desde el grupo de adoración hasta el ministerio de tutoría después de la escuela; desde ser ujieres hasta coordinar el transporte de los adultos mayores. Todos están incluidos; todos pertenecen, sin importar sus creencias. La idea es que antes de que se den cuenta, no tan solo sentirán que pertenecen, sino también creerán a lo que pertenecen, porque el pertenecer a hecho el creer razonable.

¿Por qué no dejarlos pertenecer antes de que crean? – Tres razones

El dejar al no creyente pertenecer a la iglesia antes de creer es una idea atractiva. Parece ser una idea efectiva, pero también es una mala idea. Aquí las tres razones del por qué.

Confunde a los cristianos

Primero, confunde a los cristianos. Pastoreo una iglesia que por años practicaba esta idea de manera informal. El resultado fue una colección de participantes —algunos miembros formales, otros no— que decían ser cristianos. El problema es que algunos son celosos y comprometidos, otros parecen estar más interesados en ser entretenidos, mientras que otros ni se molestan en contribuir en lo absoluto. Pero como todos pertenecen a la familia, como todos son llamados seguidores de Jesús, tenemos que buscar otras explicaciones para las diferencias: «él está muy ocupado», «la música no es lo de ella», «sus amigos ya no están aquí». Y tenemos que establecer nuevas categorías como «cristiano comprometido», «cristiano serio» y «cristiano sacrificado» para poder distinguir entre el «cristiano ordinario» y el «casi cristiano».

Ciertamente, debemos esperar un rango de madurez espiritual en la iglesia, y los cristianos pecan. Pero, ¿que realmente significa ser un cristiano en este contexto? Y ¿qué hacemos con las extremas declaraciones que hiciera Jesús como, «Pues mi hermano, mi hermana y mi madre son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (Mt. 12:50), o «y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí» (Mt. 10:38)? Jesús habló acerca de seguirlo como un radical que rompe con su pasada manera de vivir. Pero cuando

deliberadamente difuminamos la línea que los separa, confundimos a los cristianos sobre lo que significa ser un seguidor de Jesús.

Confunde a los no cristianos

Segundo, pertenecer antes de creer confunde a los no cristianos. No poco después de haber llegado a mi iglesia, recibimos una llamada anónima en la oficina para informarnos que uno de los líderes estaba «viviendo en pecado» en el sentido tradicional de la frase. Cuando investigamos, resultó que era cierto. En un sentido, ese no era el mayor problema. Nuevamente, los cristianos caen en pecado, incluso en pecados graves.

El verdadero problema, desde el punto de vista pastoral, vino a la luz cuando esta persona fue confrontada. La respuesta fue impactante: «Yo no me comprometí con eso. Si desde el principio hubiese sabido que esto era lo que pasaría nunca me hubiese unido». Irónicamente, puedes tener una cultura de pertenecer antes de creer y aun así tener una membresía formal, como teníamos nosotros.

Aparentemente, para este individuo, ser cristiano no se trataba de obedecer a Jesús. Y el evangelio no era sobre el arrepentimiento y la fe. Más bien, era acerca de pertenecer a nuestra familia, ser aceptado y tener la oportunidad de expresar sus talentos e intereses. Rendir cuentas definitivamente no entraba en la ecuación, y tampoco el compro-

miso. Antes de que pudiéramos hablar sobre esto, el líder ya se había ido.

Cuando nunca le decimos a los no cristianos que son no cristianos, pero en vez de eso le enseñamos a pensar de sí mismos como «compañeros de viaje», «buscadores» o «personas en diferentes etapas del camino», es fácil para ellos confundirse sobre lo que realmente significa ser cristiano, y lo que implica creer en el evangelio. El deseo de pertenecer a una maravillosa familia de personas puede fácilmente dirigir a alguien a unirse a la comunidad de Jesús, pero nunca unirse al mandamiento de Jesús de arrepentirse y creer.

Fundamentalmente redefine a la iglesia local

Tercero, pertenecer antes de creer fundamentalmente redefine la iglesia local. La iglesia local es una comunidad y, al final del día, una comunidad es definida, no por sus documentos, edificios o programas, sino por su gente; una gente que sus vidas participan en crear nuevas realidades de amor y santidad, por lo tanto, creando una estructura admirable.

Esto fue lo que Jesús enseñó: «De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros» (Jn. 13:35).

Esto fue lo que Pablo enseñó: «¿No se dan cuenta de que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Desháganse de la vieja levadura para que sean masa nueva, panes sin levadura,

como lo son en realidad. Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado» (1 Co. 5:6-7). Y también: «No formen yunta con los incrédulos. ¿Qué tienen en común la justicia y la maldad? ¿O qué comunión puede tener la luz con la oscuridad?» (2 Co. 6:14).

Esto fue lo que Pedro enseñó: «Mantengan entre los incrédulos una conducta tan ejemplar que, aunque los acusen de hacer el mal, ellos observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios en el día de la salvación» (1 P. 2:12). Esto fue lo que Juan enseñó: «De este modo sabemos que estamos unidos a él: el que afirma que permanece en él debe vivir como él vivió» (1 Jn. 2:5-6).

De acuerdo al Nuevo Testamento, este es el poder del testimonio que la iglesia da de Cristo. Cuando el mundo mira a la iglesia, claro que ve pecadores. Pero esto no es todo lo que ve. Ve pecadores cuyas vidas están siendo radicalmente transformadas por las buenas nuevas del evangelio. Ve pecadores cuyo amor el uno por el otro no puede ser explicado de otra manera que no sea por la muerte y resurrección de Jesucristo. Ve pecadores que no tan solo se aman uno al otro, sino que aman también a Dios por medio de Jesucristo, y cuyas vidas demuestran ese amor en santidad y verdad.

Para regresar a donde comenzamos, la iglesia puede ser una estructura de fe admirable solo si consiste de gente que tiene fe.

Todo esto cambia cuando la iglesia se convierte en la comunidad de aquellos que meramente andan en la misma jornada. Para muchos, el resultado de esta jornada no está claro ni es certero. Para otros se ha detenido antes de llegar al destino final. Para algunos, la meta de la salvación ha sido alcanzada. Pero la comunidad en sí misma no es un testigo de la verdad de Jesucristo y de su evangelio. No puede serlo si puedes pertenecer antes de creer.

Por el contrario, la comunidad es simplemente un testigo a sí mismos, de su calor humano y su inclusividad. Pero en realidad, ¿qué es tan único y persuasivo de esto? Hay muchas comunidades cálidas y abiertas, hasta subculturas, dentro de la ciudad donde vivo. Pero ellos no dan testimonio de Jesús. Sólo la iglesia local puede hacer esto. Aún así, la iglesia solo puede hacer esto si crees para poder pertenecer.

En conclusión, la filosofía de pertenecer antes de creer fundamentalmente redefine la iglesia, lo cual a largo plazo debilita el poder de la iglesia de ser testigos.

Una mejor idea

Pertenecer antes de creer es una mala idea. Una mejor idea es lo que Jesús describió en Juan 13: una comunidad que profundamente cree el evangelio para que sus vidas estén marcadas por el amor unos por otros. Una comunidad tal, dijo él, provocará en los que están fuera no tan solo el reconocer que están fuera, sino el deseo de querer entrar.

La imagen que viene a mi mente es la de una panadería en un día frío y de nieve. Ocasionalmente, puedes percibir los aromas de pan y chocolate caliente. Ves a un niño con su nariz contra la ventana. Ese vidrio es la barrera. Sin ella, el calor y los deliciosos olores se dispersarían rápidamente en el viento frío; y nadie sabría que hay algo bueno que se puede encontrar ahí. Pero es una barrera transparente, permitiéndole al niño ver las buenas cosas que hay adentro, que le invitan a entrar. Y hay una manera de entrar, una puerta estrecha por la que él debe entrar. Hasta que no lo hace, puede ver y apreciar lo que está adentro, pero aún no lo puede disfrutar. Una vez cruza la puerta, lo que estaba viendo es suyo con tan solo pedirlo.

Cuando los no cristianos se encuentren con tu iglesia deben

sentirse como el niño de pie ante esa ventana, no como alguien viendo un muro de ladrillos. Deben sentir el calor de su amor cuando ustedes los reciben y se relacionan con ellos como gente creada a imagen de Dios. Deben ver la profundidad de las relaciones al ser testigos de personas cuidándose unas a otras que no tienen ninguna razón de hacerlo, personas que sacrifican su comodidad y se sirven unas a otras. Deben probar las riquezas del evangelio cuando la Palabra de Dios es predicada y enseñada de una manera que conecta con sus vidas. Y deben escuchar los atractivos sonidos de una comunidad llena de gozo cuando escuchan la alabanza y las oraciones de las personas que adoran a nuestro crucificado y resucitado Señor.

Así que, sal de tu comodidad y crea una comunidad que reciba

a los de afuera. Piensa en el lenguaje que estarás utilizando. Sé intencional en tu hospitalidad y estratégico con tu transparencia. Como una panadería que emana los deliciosos olores hacia fuera, celebra públicamente las historias de gracia y transformación que están ocurriendo en medio de tu comunidad. Y, cuando hayas hecho todo esto, haz el evangelio claro e invita a las personas a responder en arrepentimiento y fe. Llámalos, no a caminar hacia el altar, sino a entrar por la puerta estrecha, y a unirse contigo en las riquezas de la fe en el evangelio.

Sí, la iglesia debe demostrar las buenas cosas del evangelio, pero la barrera de su creencia no debe ser removida; pues es esta creencia compartida la demostración más efectiva para invitar a las personas a entrar por la puerta estrecha.

Michael Lawrence es el pastor principal de Hinson Baptist Church en Portland, Oregon, Estados Unidos. Traducido por **Myrna Rodríguez**.

La conversión de Lidia



Susana de Cano

¿ Cuán soberano es Dios en la conversión de las personas que creen Su evangelio?

En la Biblia encontramos un breve relato acerca de la conversión de una mujer, Lidia, que nos ayuda a responder esta pregunta y nos enseña cómo Dios llama a salvación a toda clase de personas para usarlas en la expansión de Su reino.

La obra de Dios en el corazón

En Hechos 16 encontramos a Pablo y Silas viajando por Frigia y la región de Galacia (v. 6). Sin embargo, impedidos por el Espíritu Santo de hablar en Asia, se dirigieron a Macedonia, donde estaba la provincia principal de Filipos, una ciudad fundada en el año 356 a.C. por Filipo, padre de Alejandro Magno.

Sabemos que Pablo solía proclamar el evangelio primero a los judíos. Sin embargo, Pablo no encontró allí una sinagoga. Pero sí había un grupo de mujeres que se habían reunido para orar el día sábado y que adoraban al

Dios verdadero, según la costumbre judía. Allí, dice Lucas: «nos sentamos y comenzamos a hablar a las mujeres que se habían reunido» (v. 13).

Lidia estaba atenta a las palabras de los misioneros. Ella era nativa de la ciudad de Tiatira, entre Sardis y Pérgamo. La providencia de Dios la llevó a Filipos, que se halla a gran distancia de Tiatira. Siendo gentil de nacimiento, adoraba al Dios de Israel y acudía a las reuniones que otras mujeres tenían para orar y leer las Escrituras. Su profesión era «vendedora de púrpura», lo que probablemente significa que era acaudalada (v. 14).

En ese momento, «el Señor abrió su corazón para que estuviese atenta a lo que Pablo hablaba» (v. 14), lo que apunta a su fe en el mensaje que oía (2:41). Dios le abrió su corazón para que Cristo ocupara el lugar de Señor. De esa manera, Lidia fue la primera convertida a Cristo en Europa por la predicación de Pablo.

Esto nos enseña que la conversión es una obra de Dios (Ef. 2:9).

Él es quien despierta el corazón con Su gracia para que podamos ver su majestad (Ef. 1:17-18; 2 Co. 4:4-6). Sin Su obrar en nosotros, no podemos ver nuestra necesidad de responder a Su amor.

El efecto de la obra de Dios

El efecto de esta obra de Dios en Lidia no solo fue para ella, sino que también tuvo un impacto en su familia, que llegó a ser bautizada (v. 15).

La realidad de su conversión la vemos en su disposición a servir a los siervos de Dios y tener así una mayor oportunidad de escuchar sus enseñanzas (v. 15). Lidia mostró gratitud a quienes fueron los instrumentos de Dios para que ella conociera el evangelio. Su invitación no solo fue por cortesía, sino tan sincera que, relata Lucas, «nos rogó y persuadió a quedarnos». La relación de Pablo y Silas con Lidia era tal que fueron a su casa antes de salir de Filipos para consolar y exhortar a los hermanos allí (v. 40). Ella era una fiel convertida a Cristo.

El relato de la conversión de esta mujer no solo nos muestra cómo obra la soberanía de Dios en la salvación; también nos enseña que, tan pronto como nuestros corazones se abren a Cristo por Su poder,

también se abren a los ministros de Dios y al servicio a los demás.

La vida de Lidia, y la de su familia, cambió por la gracia de Dios. Su misión cambió para servir a sus hermanos. Así

como ella recibió la gracia salvadora de Dios, así también tú y yo somos testigos vivientes de que Él obra en nosotros para que Su evangelio sea proclamado en servicio a otros para Su gloria.

Susana de Cano es esposa de Sergio y madre de tres hermosos hijos. Ella es una apasionada por enseñar la Palabra de Dios y por la consejería a mujeres. Es encargada del área de mujeres de Iglesia Reforma en Guatemala. Actualmente estudia Teología en Semper Reformanda.

Este artículo fue publicado originalmente en el blog de **Coalición por el Evangelio**. Usado con permiso.

4 lecciones importantes de la conversión de Charles Spurgeon



Allen Nelson

El 6 de enero de 1850, un joven de quince años entró a la Capilla Metodista Primitiva de Colchester. Una tormenta de nieve evitó que él llegara a la iglesia con su padre. ¡Aparentemente, la nevada fue tan intensa que el pastor de esta pequeña capilla metodista ni siquiera apareció aquel día! Aquel joven se apresuró a entrar, aún llevando esa carga de pecado que no sabía que pronto le sería quitada. «Al fin, un hombre delgado, un zapatero, o un sastre, o algo por el estilo, se acercó al púlpito para predicar». Este hombre predicó el texto de Isaías 45:22 y exhortó a este adolescente, un Charles Haddon Spurgeon, a que mirara a Cristo y que fuera salvo. Este «sermón» duró apenas 10 minutos, pero mira cómo relata Spurgeon el impacto de lo que le dijo este hombre aquella mañana:

Entonces, levantó sus manos y gritó, como sólo un metodista primitivo lo pudo haber

hecho, «Joven, mira a Jesucristo. ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! No tienes que hacer nada sino mirarlo y vivir». En ese momento yo vi el camino de salvación y ya no supe que más habló porque fui poseído por un solo pensamiento. Como cuando la serpiente de bronce fue levantada en el desierto y la gente miraba y era sanada, así fue conmigo. Yo pensaba que debía hacer cincuenta cosas para ser salvo, pero cuando escuché esa palabra: «¡Mira!» ¡Cuán dulce fue! ¡Oh! Entonces miré hasta que mis ojos casi se desgastaron. En ese momento se desvaneció la oscuridad, y vi el sol. Pude haberme levantado y cantar a gritos acerca de la preciosa sangre de Cristo y de la fe simple que lo mira sólo a Él. Oh, que alguien me hubiese dicho esto antes, «Confía en Cristo y serás salvo». Sin embargo, sin duda que todo estaba ordenado con sabiduría, y ahora puedo decir:

«Eterna fuente carmesí, raudal de puro amor, se lavará por siempre en ti, el pueblo del Señor».

Es probable que ya hayas escuchado esta historia de conversión, ya que se ha escrito muchas veces sobre ella y Spurgeon también la ha compartido en sus sermones y obras con bastante frecuencia. Pero cuando considero esta historia maravillosa una vez más, pienso en 4 lecciones importantes que podemos extraer de ella para aplicarla hoy a nuestras vidas y ministerios:

1. La persistencia de las marcas piadosas

A pesar de que es cierto que Spurgeon atribuye su conversión a un momento de su vida, 6 de enero de 1850, también es cierto que él le otorga el reconocimiento a las huellas piadosas que le dejaron mucho antes y que lo condujeron al punto del arrepentimiento y a la fe aquella mañana fría y nevada. Particularmen-

te, le otorga el reconocimiento al ejemplo que le dejó su madre en sus primeros años. Ella oraba por él, lo instruía en las Escrituras y le imploraba a él y a sus hermanos que depositaran sus almas en Jesús.

¡Qué alentador resulta para los padres y a otros que comparten el evangelio fiel y persistentemente con los demás! La persistencia rinde sus frutos. Pero aunque es posible que no siempre veamos el fruto de nuestro trabajo, podemos creer que es importante dejar una huella en aquellos que nos rodean con la verdad del evangelio e implorarles que busquen la misericordia de Cristo para el perdón de sus pecados. Tal vez lo hayas hecho 9,999 veces. Pero ¿quién sabe si la vez número 10,000 será el momento en que el pecador se vuelve a Jesús?

Ciertamente creemos en la necesidad del llamado de gracia por parte de Dios en la vida del pecador, pero también sabemos que Él obra a través de medios. Los años en que su madre lo llamó al arrepentimiento y a la fe prepararon a Spurgeon para aquel día cuando la luz del evangelio finalmente resplandeció. ¡Sigue adelante! Sé persistente en dejar huellas piadosas en aquellos que te rodean, pues eso sí importa.

2. La providencia de la gran inconveniencia

Creo en la meticulosa providencia de Dios, que ningún

copo de nieve cae, salvo por Su voluntad y guía soberanas. ¡Una tormenta de nieve! ¡Qué inconveniente! ¡Cuántas obras habrían de detenerse ese día! ¡Cuántas almas fueron impedidas de asistir a sus deseados lugares de adoración aquel domingo! Con todo, a través de esta gran inconveniencia, el predicador bautista más grande de la historia del cristianismo fue traído a la fe en Cristo.

¿El punto? Estemos siempre listos para ver la mano de Dios en las cosas cotidianas de nuestras vidas, desde las tormentas de nieve hasta las ruedas pinchadas. ¿Alguna vez has considerado que podrías haber sido puesto en una situación en particular para «una ocasión como ésta» (Ester 4:14)? Este pobre «zapatero» (como lo llamó Spurgeon) no se despertó aquel domingo preparado para dar un sermón, pero se levantó dada la ocasión y exhortó a sus oyentes a mirar a Cristo y a ser salvos. ¡Qué gran sorpresa! No sabes lo que te aguarda hoy, lo que te aguarda el fin de semana, lo que te aguarda el mes que viene. Pero ¿estarás listo para levantarte para la ocasión si Dios te da la oportunidad, y en particular, estarás listo para dirigir a los pecadores a Jesús?

Dios no sabe de inconveniencias, sino de planes. ¿Qué harás con el tiempo extra que tienes con el mecánico? ¿O el día en que llegas

tarde al trabajo? ¿O la larga fila en el supermercado porque solo tienen dos empleados que trabajan hoy? Veamos la mano de Dios en estas cosas y confiemos en Su providencia.

3. El poder de la instrucción inspirada por Dios

Imagínate que no estamos en los 1850, pero sí es el 6 de enero de 2016. Spurgeon no puede llegar a su lugar habitual de adoración a causa de la nieve y entra en una iglesia estadounidense (sí, ya sé, ¡es un viaje largo para cruzar el Atlántico!). ¿Y qué escucha? ¿5 pasos para ser una mejor versión de ti? ¿Algunos chistes, un par de ilustraciones alusivas, y después, algunos buenos consejos? Tal vez la atmósfera sea «mejor» estructurada con un poco de música y asientos cómodos. Tal vez la oratoria sea «mejor»: elocuente y más refinada.

Pero a decir verdad, el poder de Dios no descansa en ninguna de estas cosas. El poder de Dios descansa en la instrucción que Él mismo inspiró, en Su Palabra: la Biblia. Desde Génesis hasta Apocalipsis. Este metodista primitivo estaba seguro de lo que debía hacer aquella mañana, así que hizo exactamente lo que sabía: abrió la Biblia y habló directamente desde sus manantiales vivificantes. No hubo preparación del sermón. No hubo ningún título llamativo. Ninguna aliteración.

ción. Sólo fue la exhortación de la santa Palabra de Dios.

Obviamente, creo que el estudio es importante, y a veces soy un fanático de la aliteración, pero recordemos que en estas cosas no se encuentra el poder de Dios para llamar a los pecadores al arrepentimiento. El seminario tiene su lugar. Pero cualquier creyente puede llamar a una persona al arrepentimiento simplemente usando la instrucción inspirada por Dios. Es la Biblia, amigo. Léela. Conócela. Úsala más en tus conversaciones diarias. La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Cristo. Las presentaciones creativas del evangelio tienen su lugar. Pero también lo tiene el simple hecho de citar lo que dice la Biblia. Ábrela en el trabajo o durante el almuerzo o mientras tomas un café y muestra la verdad del evangelio. ¿Qué capacitación necesitas para abrir la Biblia y leerla? Puedes hacerlo con tus hijos. Puedes hacerlo con tus compañeros de trabajo. ¿Puedes hacerlo con todo aquel que quiera escuchar! ¡Sí, tú! Puedes hacerlo porque el poder no descansa en ti, sino en la Palabra de Dios.

La apologética tiene su lugar, y se pone emocionante cuando hablamos de los descubrimientos arqueológicos que respaldan la Biblia. Pero al final, los hechos científicos no cambian los corazones de los pecadores, sino que es el Espíritu Santo por medio de la Pala-

bra de Dios. Así que, permanece fiel. Permanece en el Libro. Sigue confiando en que Dios lo usará.

4. La prioridad de la invitación del evangelio

Si no hemos invitado a los pecadores a acercarse a Cristo, no hemos predicado el evangelio. Tenemos un ejemplo maravilloso en este relato de conversión de una verdadera invitación del evangelio. ¡Este metodista primitivo exhortó a sus oyentes a mirar a Cristo y a ser salvos!

Él no tocó 15 veces la canción «Tal como soy». No hizo que los oyentes cerraran sus ojos y levantara sus manos. Tampoco hizo que ellos firmaran una tarjeta ni les hizo pasar al frente. ¡Él simplemente invitó, rogó y ordenó a sus oyentes que miraran a Cristo y fueran salvos!

Hoy hay ministros que creen que si no tienes un «llamado al altar», no has extendido ninguna invitación. Spurgeon no estaría de acuerdo. La invitación del evangelio no es una invitación de alguien al altar, sino a acercarse a Cristo. El peligro de un «llamado al altar» es organizar y construir todo el servicio en torno a este «evento principal». He leído y oído de pastores muy conocidos que señalaban este punto. Pero cuando esto sucede, la manipulación emocional a menudo se vuelve desenfrenada. Ninguno de nosotros tiene el control sobre quien toma decisiones. Pero

sí tenemos el control en cuanto a compartir las Escrituras con fidelidad y de hacer exhortaciones sinceras de ese texto.

¿Qué pasaría si en vez de realizar servicios sobre el altar, la prioridad de la invitación del evangelio estuviera vinculada con la exhortación de las Escrituras? ¿Qué pasaría si en vez de construir un servicio que vaya en *crescendo* hasta el «llamado al altar», invitáramos a la gente a acercarse a Cristo en fe? Mi punto aquí es que no confiamos en el ambiente adecuado ni en la música para llamar a los pecadores al arrepentimiento. ¡Hazlo en tu exhortación del evangelio! Diles, ruégales, ordénales que se arrepientan y crean en el evangelio, ¡que miren a Cristo y sean salvos! Puedes exhortar a la persona que Dios ha puesto en tu corazón ahora mismo. Puedes pedirle que confíe en Jesús hoy. Puedes enviarle un mensaje de texto, llamarlo o ir a visitarlo. No necesita un altar. Necesita a Jesús.

Y mientras el mundo seguía girando aquel día frío y nevado de enero, Dios estaba ordenando cada momento para salvar con Su gracia a Charles Haddon Spurgeon. Un miserable pecador que solo merecía la ira y el infierno, fue traído a Cristo cuando Dios hizo Su llamamiento eficaz por medio de la proclamación de Su Palabra. Spurgeon moriría tristemente apenas 42 años después, a la temprana edad de 57. Pero cual-

quier persona que mínimamente lo conoció en el transcurso de su vida, diría que su vida breve fue bien vivida. Él fue un árbol plantado junto a las corrien-

tes de agua que dio su fruto a su tiempo. Y con un hombre como Spurgeon, ese tiempo aún no se ha terminado. Su vida aún lleva fruto. Todavía hay mu-

chas grandes cosas que podemos aprender de él hoy, incluyendo estas 4 lecciones importantes de su conversión.

A Dios sea la gloria.

Allen S. Nelson IV es pastor de Perryville Second Baptist Church en Perryville, Arkansas, Estados Unidos. Él y su esposa Stephanie se casaron en el 2006 y tienen cinco hijos. Además de disfrutar tiempo con su familia, Allen ama enseñar la Biblia, leer buenos libros y la actividad al aire libre. Es el escritor del libro *From Death to Life: How Salvation Works* [*De muerte a vida: cómo funciona la salvación*] (Free Grace Press, 2018).

Traducido por **Natalia Armando**.

Este artículo fue publicado originalmente en inglés en el blog de **Allen Nelson** ("For the Sake of His Name"). Usado con permiso.

Testimonios actuales del poder del evangelio

9 Marks preguntó a los siguientes pastores y conferencistas, ¿cuáles fueron los instrumentos y medios humanos en su conversión? Aquí están sus respuestas:

Thabiti Anyabwile: Yo me convertí durante una prédica sobre Éxodos 32 en un servicio de adoración un domingo por la mañana.

Matt Chandler: Me convertí a través del testimonio de un amigo.

Mark Dever: Me convertí a través de la lectura del Nuevo Testamento y el testimonio de un amigo cristiano.

Kevin DeYoung: Me convertí a través de las instrucciones de mis padres y bajo la predicación de la Palabra domingo tras domingo desde el momento en que nací.

Ligon Duncan: Mi madre y dos fieles pastores, creyentes en la Biblia, predicadores del evangelio, fueron los instrumentos principa-

les en moverme hacia el arrepentimiento y la fe salvadora en Cristo.

Simon Gathercole: En mi escuela, asistía regularmente a un encuentro de un amistoso grupo cristiano donde, eventualmente, escuché una conversación sobre Apocalipsis 3:20 y supe que Jesús me estaba hablando.

Greg Gilbert: Me convertí en mi iglesia a través de un sermón de un predicador invitado cuando tenía nueve años.

J. D. Greear: Me convertí a través de la enseñanza fiel de una iglesia bíblica, del testimonio consistente de mis padres, y de un momento de crisis sobre la seguridad de mi salvación provocado por las enseñanzas de mi profesor de escuela dominical.

Dave Harvey: Aunque la hora y el día de mi conversión me son desconocidos, jugaron un papel predominante en mi historia, la proclamación del evangelio por un predicador callejero, el testi-

monio de un amigo cristiano y la vida de una comunidad cristiana.

Michael Lawrence: Me convertí escuchando el evangelio enseñado por mi madre y un profesor de escuela dominical.

C. J. Mahaney: Siendo un joven de 18 años inmerso en una cultura de drogadicción, Dios envió a un amigo recién convertido a compartir el evangelio conmigo; por la gracia de Dios, puse mi confianza en Jesucristo y su muerte en la cruz por mis pecados, y fui gloriosamente salvado de la ira de Dios que grandemente merecía.

Mike McKinley: Me convertí a los 11 años cuando escuché el evangelio por primera vez a través de un profesor de escuela dominical.

Albert Mohler: Me convertí a través de la predicación de un pastor fiel al evangelio, y por la constante motivación de mis padres en el evangelio.

Russell Moore: Conocí a Cristo cuando era un adolescente, mientras caminaba y observaba las estrellas afuera de mi casa en Biloxi, Mississippi, y reflexionaba en el evangelio que había escuchado predicar en mi congregación, Woolmarket Baptist Church.

Darrin Patrick: Me convertí a través de la lectura de la Biblia y compartiendo con unos amigos que eran como yo, pero que no eran como yo.

John Piper: Ya que no recuerdo la primera vez que puse mi confianza en Cristo, tomo la palabra de mi madre, quien me cuenta que cuando yo tenía 6 años mi hermana conversó conmigo sobre el estado de mi alma, y fui donde mi madre quien se arrodilló conmigo en un hospedaje en Florida donde recibí al Señor Jesús y puse mi fe en Él.

David Platt: El Señor me convirtió a través de la influencia de padres creyentes en la Biblia y de una iglesia que enseñaba la Biblia.

Jeff Purswell: El testimonio conmovedor de una comunidad de creyentes en Berry College me preparó para que respondiese al evangelio que había escuchado hacía mucho tiempo, pero que había ignorado y dudado.

Matt Schmucker: Me convertí durante mi último año en la Universidad de Maryland escuchando a un predicador callejero, después de haberlo escuchado por tres años.

Mack Stiles: Mientras perseguía todas las pasiones y placeres de este mundo, llegué a un hotel barato en una escuela de esquiar y escalar montañas en Zermatt, Suiza, donde Dios usó

a un joven de 17 años llamado Robert Smith, no solamente para compartir el evangelio conmigo, sino también su vida; después de leer un panfleto que Robert me había dado (extraído del libro *La cruz y el puñal*), me arrodillé ante Cristo en la habitación de Robert que se encontraba arriba de un bar, y desde ese día he llamado a Jesús mi Salvador, Señor, y la Esperanza de este mundo.

Carl Trueman: Me convertí a través del testimonio de un amigo carismático, escuchando la predicación de Billy Graham y leyendo a Jim Packer.

Peter Williams: Mis padres me explicaron el evangelio y lo modelaron en sus vidas; también, escuchar la predicación pública fue algo particularmente clave en mi conversión, incluso antes de llegar a la adolescencia.

Preguntas y respuestas cortas sobre la conversión

¿Qué es la conversión?

La conversión es un giro en U en la vida de una persona. Toda la persona está girando lejos del pecado y hacia Cristo para la salvación. De la adoración de ídolos a la adoración a Dios. De la auto-justificación a la justificación de Cristo. De la autonomía a la regla de Dios.

La conversión es lo que sucede cuando Dios despierta a aquellos que están espiritualmente muertos y les permite arrepentirse de sus pecados y tener fe en Cristo.

Cuando Jesús nos llama a arrepentirnos y creer, nos llama a la conversión. Es un cambio radical en lo que creemos y hacemos (Mr. 1:15). Cuando Jesús nos llama a tomar nuestras cruces y seguirlo, nos llama a la conversión (Lc. 9:23). Para que podamos arrepentirnos, Dios debe darnos vida nueva, corazones nuevos y fe (Ef. 2: 1, Ro. 6:17, Col. 2:13, Ez. 36:26, Ef. 2: 8, 2 Ti. 2:25).

La conversión *no* es:

- **Un evento de una sola vez sin consecuencias para**

nuestra vida. La conversión *sucede* en un momento, y es un momento de *cambio radical*. La vida debería verse diferente a partir de entonces. Una nueva batalla comienza.

- **Un viaje sin destino.** La conversión puede estar precedida por un largo proceso para algunos, pero siempre implica una decisión comprometida de arrepentirse del pecado y confiar en Cristo, que es el resultado inmediato de que Dios le da nueva vida a un pecador muerto espiritualmente.
- **Opcional.** Hechos 17:30 dice que Dios ordena a todas las personas en todas partes que se arrepientan. La conversión nunca puede ser forzada, pero es absolutamente necesaria para la salvación.
- **Una conversación.** Si bien los cristianos deben comunicar el evangelio con humildad, nuestro objetivo no es simplemente un

intercambio agradable de información. Debemos llamar a *todos* a arrepentirse de sus pecados y confiar en Cristo para la salvación.

- **Decir una oración formulada.** La conversión ciertamente implica orar, pero debemos tener cuidado de no tentar a las personas a depositar su confianza en un conjunto especial de palabras.

Traducido por **Renso Bello**.

¿Qué diferencia práctica tiene una comprensión bíblica de la conversión para la vida de una iglesia?

Una iglesia con una comprensión bíblica de la conversión:

1. Es cuidadosa con quién admite como miembro.
2. Pide a todos los que solicitan membresía que expliquen el evangelio.
3. Inquire si hay áreas de pecado no arrepentido.

4. Administra el bautismo y la Cena del Señor con cuidado. Los miembros no presionarán a sus pastores para que bauticen a las personas apresuradamente y sin un examen. La mesa del Señor estará debidamente cercada (es decir, la persona que la administre explicará para quién es y para quién no).
5. Tiene cuidado con las formas de evangelización que pueden animar las profesiones falsas, ya sea manipulando las emociones o presentando un evangelio diluido.
6. Rehúsa tomar el pecado a la ligera. Los miembros buscarán rendición de cuentas, aliento y exhortación entre ellos.
7. Practica la disciplina de la iglesia.
8. Busca formas de mantener una línea clara entre la iglesia y el mundo, como reservar actos públicos de servicio solamente para miembros.

Una iglesia con una comprensión *no* bíblica de la conversión posiblemente puede:

1. Llenarse de personas que hicieron profesiones sinceras acerca de Jesús, pero que no experimentaron el cambio radical que la Biblia presenta como conversión.
2. Llamarse cristianos cuando no lo son. Los no cristianos mirarán a estos «cristianos» y dirán: «¿Eres cristiano? ¡Pero tú vives como yo! ¿Por qué se supone que debo creer lo que tú crees si nuestras vidas realmente no son diferentes?».

Traducido por **Renso Bello**.

¿Por qué es tan importante un entendimiento correcto de la conversión para el testimonio corporativo de una iglesia?

Una iglesia que no entiende correctamente la conversión:

1. Ofrecerá a los no cristianos una falsa garantía, llamándoles cristianos cuando no lo son.
2. Confundirá a los cristianos acerca de lo que significa ser un cristiano.
3. ¡Dará mal testimonio de Dios ante todos! En vez de reflejar Su carácter santo y gracia transformadora, tal iglesia presentará a Dios como un dios indiferente al pecado e incapaz de cambiar vidas.

Dios establece Su iglesia para mostrar Su gloria (Ef. 3:10) a través de las vidas santas de sus miembros (2 Co. 6:14-71; Mt. 5:13-16). Una iglesia que malinterpreta la conversión estará llena de creyentes falsos y débiles, y luego transmitirá mentiras acerca de Dios en lugar de la verdad.

Por otro lado, una iglesia con un entendimiento bíblico de la

conversión estará llena de cristianos imperfectos, pero en crecimiento. Demostrará que Dios es santo y que el evangelio de la gracia es poderoso y transformador (Ro. 1:16; 2 Co. 3:18).

Traducido por **Nazareth Bello**.

¿Qué hace Dios en la conversión?

La conversión no quiere decir que «Dios ayuda a los que se ayudan». El cambio que necesitamos es tan radical que únicamente Dios puede hacerlo. En la conversión, Dios da vida al muerto y vista al ciego. En la conversión, Dios da los dones del arrepentimiento y la fe.

1. Dios hace resplandecer la luz.

2 Corintios 4:6 dice, que así como Dios creó por su palabra la luz de la oscuridad en la creación, así también ahora es el que «resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». ¿Cómo llegaste a entender y creer en el evangelio? Dios resplandeció la luz en tu corazón, creando entendimiento espiritual donde no lo había.

2. Dios nos da vida.

Efesios 2:5 dice que incluso estando nosotros «muertos en pecados» Dios «nos dio vida juntamente con Cristo». No estábamos enfermos, dormidos o muriendo. Estábamos muertos,

y Dios nos dio vida. En 1 Juan 3, Jesús describe esto como nacer de nuevo por el Espíritu Santo. En la conversión, Dios nos da un nuevo nacimiento, permitiéndonos arrepentirnos y creer en el evangelio.

3. Dios nos libera. Colosenses 1:13 dice que Él nos libera de la potestad de las tinieblas y nos traslada al reino de Su amado Hijo. La conversión es como un rescate militar en el que Dios nos libera de nuestro encarcélamiento al pecado y nos lleva a Su glorioso reino.

4. Dios otorga arrepentimiento y fe. Desde una perspectiva humana, la conversión consiste en arrepentirse de nuestros pecados y creer en Cristo. Sin embargo, la Escritura enseña que tanto el arrepentimiento como la fe llegan a nosotros como dones de Dios (véase Fil. 1:29; Hch. 11:18).

La conversión es fundamentalmente un acto divino que Dios lleva a cabo en nosotros y por nosotros. En respuesta a Su obra soberana y unilateral, nos arrepentimos y creemos.

Traducido por Nazareth Bello.

¿Cómo debería un entendimiento bíblico de la conversión impactar nuestra evangelización?

¿Cómo debería un entendimiento bíblico de la conversión im-

pactar nuestra evangelización? Un entendimiento bíblico de la conversión debería llevarnos a:

1. Compartir las buenas noticias. La conversión es el resultado de haber escuchado las noticias, las buenas noticias. Por tanto, evangelizamos al compartir el evangelio. «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres buenas nuevas!» (Is. 52:7). «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Ro. 10:17).
2. Compartir todas las noticias. La conversión implica el arrepentimiento de pecados, lo que significa que debemos comunicar las malas noticias antes que las buenas: Todos hemos pecado y la paga del pecado es muerte. Dios nos juzgará por nuestro pecado (Ro. 3:23; 6:23).
3. Confiar la conversión a Dios y rechazar la manipulación. Solamente Dios puede convertir a las personas por Su Espíritu (Jn. 3:3-8). De manera que, al evangelizar, invita a las personas a tomar una decisión, y luego dales espacio para que lo hagan. No apliques presión o manipulación emocional. Ora por ellas.
4. Explicar la necesidad de la respuesta humana. La conversión implica arrepentimiento y fe por parte del ser

humano. Así que, al evangelizar, explica que las personas deben arrepentirse y creer en Cristo (Mr. 1:15).

5. Explicar el costo de seguir a Jesús. La conversión es un giro de 180 grados. Requiere el abandono del autogobierno por el gobierno de Dios. Por tanto, cuando evangelices, explica que la decisión de negarse a sí mismo y seguir a Jesús no debería hacerse sin considerar el costo (Lc. 9:23; 14:25-33).

Traducido por Nazareth Bello.

¿Cómo puedo confrontar amorosamente a alguien que afirma ser convertido, pero que vive como un no cristiano?

1. Ora por ti y por la otra persona. Ora para que seas fiel al hablar la verdad, confiando en que el Espíritu de Dios hará la obra de verdadera persuasión (1 Co. 3:6-7; 2 Co. 7:8-10). Ora para que la persona sea convencida y cambie su corazón.
2. Habla la verdad en amor (Ef. 4:15). Acércate a la persona con ternura, paciencia y amabilidad. Explícale que tu confrontación surge de una profunda y amorosa preocupación por su bienestar eterno.
3. Cita las Escrituras. Explica que tu meta no es emitir

un veredicto final sobre su alma. En cambio, te preocupa que él o ella no esté viviendo como la Biblia dice que un cristiano debería vivir. Haz referencia a pasajes como Mateo 7:13-29, Romanos 6:12-23, 8:13, 1 Corintios 6:9-11, 2 Corintios 13:5, y todo el libro de 1 Juan.

4. Haz preguntas amablemente. Haz preguntas como: «¿Crees que tu vida concuerda con la imagen que la Biblia presenta de un cristiano verdadero? ¿Estás luchando genuinamente contra el pecado o lo atesoras en secreto? ¿Crees que ser cristiano significa arrepentirte de tu pecado y confiar en Cristo?».
5. Recuérdales su profesión de fe y bautismo. Recuérdales el evangelio.
6. Instale a considerar la eternidad. Recuérdales que su alegría o condenación eternas están en juego (Sal. 49; Mt. 25:31-46).

Traducido por Nazareth Bello.

¿Puedes dar varios ejemplos de prácticas evangelísticas erradas que resultan de un mal entendimiento de la conversión?

1. Llamados al altar, tarjetas de decisión. Los llamados al altar y las tarjetas de decisión son el resultado

de un énfasis excesivo en el rol del ser humano en la conversión, como si la conversión ocurriera cada vez que alguien es persuadido de pasar al frente. (¡Sin importar el movimiento del Espíritu de Dios!) Además, firmar una tarjeta no es lo mismo que arrepentirse y creer. La Biblia nos llama a arrepentirnos y creer.

2. «Haz esta oración». La conversión sin duda alguna implica orar a Dios. Pero hacer una oración formula no es garantía de que una persona se haya arrepentido y creído genuinamente. Instruir a los no cristianos a hacer la «oración del pecador» también los tienta a encontrar seguridad en la oración en sí y no en Jesucristo.
3. Predicación teatral y música emocionalmente indulgente. Los cristianos hoy día sabemos que no podemos «imponer» a alguien la fe. Pero intentamos «atraerlos», bien sea a través de la música, el humor o algo más. Tales tácticas pueden hacer que las personas confundan una respuesta emocional con el arrepentimiento y la fe. Ambos casos indican que estamos confiando la conversión al hombre. Sin embargo, la conversión no es algo que dependa de la capacidad del evangelista. Solamente el Espíritu

de Dios da el nuevo nacimiento (Jn. 1:13). Al igual que Pablo, deberíamos simplemente exponer la verdad con claridad (2 Co. 4:2).

4. Presentar las buenas noticias sin un llamado al arrepentimiento y la fe. Comunicar a las personas lo que Cristo hizo en su vida y muerte sin desafiarles a que se arrepientan hace suponer que las personas solo necesitan información, como si nuestro principal problema como humanos caídos se tratase de un «problema de conocimiento». Hay un problema de conocimiento, pero también hay un «problema de adoración» o «voluntad». Por tanto, un evangelista fiel dirá a las personas cómo deben responder a las noticias del evangelio. Deben escuchar que necesitan arrepentirse y creer.
5. Presentar una historia sin un llamado al arrepentimiento y la fe. No necesariamente compartir un testimonio personal o contar una historia de la Biblia (la creación, la caída, la redención, la glorificación) desafiaba al oyente a examinar su propia vida. Al igual que en el punto 4, deberíamos explicarle a las personas que Jesús se dirige personalmente a *ellos* en su pecado y *les* llama a arrepentirse y seguirle en fe.

6. Asistir a la iglesia. Asistir a la iglesia no hace que alguien sea cristiano. En cambio, la conversión implica un giro radical del pecado a Cristo, del autogobierno al gobierno de Dios, en cada área de la vida, lo cual incluirá un deseo genuino por reunirse regularmente con el pueblo de Dios.

Traducido por Nazareth Bello.

¿Puede alguien convertirse genuinamente y vivir cómodamente en pecado?

En términos generales, no.

- Juan es absolutamente claro: solamente aquellos que andan en luz, obedecen los mandamientos de Dios y aman a otros cristianos han sido convertidos genuinamente (1 Jn. 1:6-7; 2:4-6; 3:7-8).
- Pablo señala lo mismo cuando escribe: «¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?» (1 Co. 6:9). En otra parte dice claramente: «Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Ro. 8:13). Son cristianos verdaderos los que luchan activamente contra el pecado y procuran la justicia.
- Jesús mismo dijo: «Un árbol bueno no puede dar

fruto malo, y un árbol malo no puede dar fruto bueno. Todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego» (Mt. 7:18-19). Todo el que ha nacido de nuevo produce fruto espiritual bueno, diferenciándolo del mundo (véase también Mt. 5:13-16; 7:21-22).

Aunque ningún cristiano es perfecto en esta vida, el Nuevo Testamento insiste en que solo las personas cuyas vidas demuestran un verdadero fruto espiritual han nacido de nuevo.

Traducido por Nazareth Bello.

¿De qué son responsables las personas en la conversión?

Las personas son responsables de hacer dos cosas: arrepentirse y creer. La conversión es un giro radical *del pecado a Dios* mediante la fe en Cristo. Jesús resumió lo que los seres humanos deben hacer en la conversión cuando ordenó a sus oyentes: «Arrepentíos y creed en el evangelio» (Mr. 1:15).

¿Qué significa arrepentirse?

1. Arrepentirse significa reconocer que eres pecador (Hch. 3:19).
2. Arrepentirse significa renunciar al pecado y decidir obedecer a Cristo (Lc. 9:23, Ro. 2:4).
3. Arrepentirse significa deplorar el pecado y alegrarte de aceptar a Jesús como

tu Maestro y Señor (2 Co. 7:10; Ro. 6:12-23).

4. Arrepentirse no es el final de la batalla, sino el comienzo de una (Gá. 5:16-17).

¿Qué debemos creer? ¿Debemos creer en el evangelio!

1. Creer que Dios es el Santo Creador del universo, el Señor de todo lo que existe (Is. 6:1-5, Gn. 1:1, 1 Ti. 6:15-16).
2. Creer que eres un pecador que merece la justa ira de Dios (Ro. 1:18; 3:23).
3. Creer que Jesucristo murió en la cruz para pagar el castigo por tu pecado y que resucitó de la tumba para conquistar la muerte y ofrecerte vida eterna (Ro. 3:21-26; Gá. 2:20; Hch. 2:24; Jn. 11:25).

El arrepentimiento y la fe son dos lados de la misma moneda. En la conversión nos *volvemos* de nuestros pecados y *confiamos* en Cristo.

Traducido por Nazareth Bello.

¿Cómo puedo saber si verdaderamente me he convertido?

La primera epístola del apóstol Juan ofrece varios «exámenes» para ayudar a los cristianos a saber si han creído salvíficamente en Cristo:

1. **El examen de la fe:** «Todo aquel que cree que Jesús

es el Cristo, es nacido de Dios» (1 Jn. 5:1). Pregúntate: ¿Confío en Jesucristo para salvación?

2. El examen de la obediencia: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:6-7). Pregúntate: ¿Demuestra mi vida un patrón de pecado habitual e impenitente, o de arrepentimiento del pecado y un esfuerzo por andar en luz?

3. El examen del amor: «El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él» (1 Jn. 3:14-15). Pregúntate: ¿Amo a otros cristianos en formas concretas que demuestren la realidad de mi fe?

4. El examen de la perseverancia: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros» (1

Jn. 2:19). Aquellos que no perseveran en la fe, demuestran que su fe era falsa desde el principio. Pregúntate: ¿continúo en la fe a pesar de las luchas y las adversidades?

Otro principio: incluso los cristianos son propensos al autoengaño. Por tal motivo, analiza estas preguntas **con los miembros de tu iglesia** que mejor te conozcan y amen (véase Pr. 11:14; 15:22). Por supuesto, eso es difícil de hacer si no dejas, primero, que otras personas entren en tu vida.

Traducido por Nazareth Bello.

¿Cómo debería un entendimiento bíblico de la conversión impactarnos personalmente como cristianos?

Un entendimiento bíblico de la conversión debería:

- Hacernos humildes porque reconoce la profundidad de nuestra grave situación. ¡Estábamos muertos y Dios nos dio vida (Ef. 2:5)! ¡Estábamos ciegos y Dios nos dio vista (2 Co. 4:6)! Comprender la profundidad de nuestra desastrosa situación y el poder de la gracia de Dios debería humillarnos continuamente ante Dios y los demás.

- Alegrarnos porque vemos cuán grande e increíble es nuestra salvación. ¡Éramos enemigos de Dios y esclavos del pecado! ¡Pero Dios en su misericordia nos reconcilió consigo y nos dio libertad! Los cristianos que entienden la conversión deberían estar llenos de gozo por la grandeza de nuestra salvación.
- Impulsar nuestro trabajo de evangelización y misiones porque descubrimos que Dios es poderoso y suficiente para salvar a cualquiera. Si Él pudo salvar a un rebelde como tú o yo, puede salvar a cualquiera sin importar cuán improbable parezca. Nosotros no podemos convertir a nadie. Dios sí puede. Entonces, prediquemos el evangelio valientemente en casa y afuera.
- Darnos paciencia porque sabemos que depende de la decisión de Dios y no de nuestro calendario. Solamente Dios puede producir el nuevo nacimiento (Jn. 1:12-13; 3:5-8). Así que, deberíamos predicar el evangelio, orar por los perdidos, y esperar pacientemente que Dios actúe. Dios bendecirá nuestro trabajo incluso si no podemos ver ningún fruto inmediato.

Traducido por Nazareth Bello.

IX 9Marcas

Edificando iglesias sanas

¿ES TU IGLESIA SANA?

9Marcas existe para equipar a los líderes de la iglesia con una visión bíblica y recursos prácticos para mostrar la gloria de Dios a las naciones a través de iglesias sanas.

Para ello, queremos ayudar a las iglesias a crecer en nueve marcas de salud que a menudo se pasan por alto:

1. Predicación expositiva
2. Teología bíblica
3. Un entendimiento bíblico de la buenas nuevas
4. Un entendimiento bíblico de conversión
5. Un entendimiento bíblico del evangelismo
6. Un entendimiento bíblico de la membresía
7. Disciplina bíblica en la iglesia
8. El discipulado y el crecimiento bíblico
9. Liderazgo bíblico en la iglesia

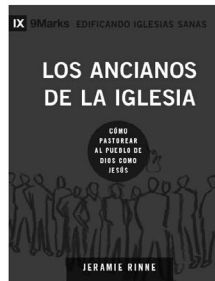
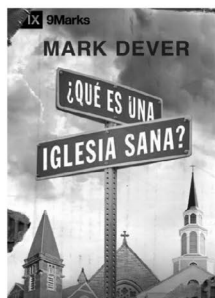
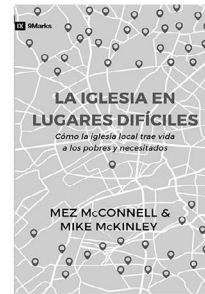
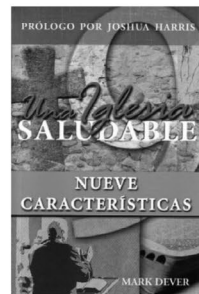
En 9Marcas, escribimos artículos, libros, reseñas de libros y una revista en línea. Organizamos conferencias, grabamos entrevistas y producimos otros recursos para equipar a las iglesias para reflejar la gloria de Dios.

Visite nuestro sitio web para encontrar contenido en más de 30 idiomas y regístrese para recibir nuestra revista en línea gratuita. Nuestros sitios web en otros idiomas se enumeran a continuación, y estamos agregando a estos:

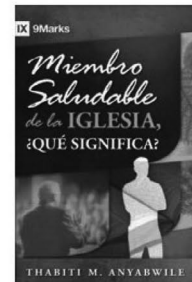
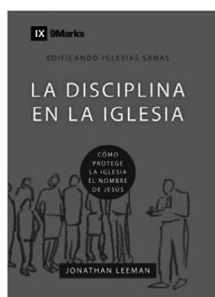
Inglés - www.9Marks.org
Español - www.es.9Marks.org
Portugués - www.pt.9Marks.org
Chino - www.cn.9Marks.org
Ruso - www.ru.9Marks.org

9Marcas ofrece los siguientes libros y revistas en español.
Se puede pedirlos o bajar varios de ellos en pdf
<http://es.9marks.org/libros/>

Libros



Básicos para la iglesia



Clases esenciales

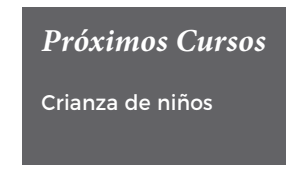
Las clases esenciales de Capitol Hill Baptist Church nos ayudan a entender las sutiles complejidades y las grandes verdades de nuestro Dios, de la teología, del ministerio y de la historia, de la cual él es el autor. Diseñadas para usarse los domingos por la mañana, como una escuela dominical, las clases esenciales están abiertas a todas las personas. Por favor, siéntete libre para usar estos materiales de las clases esenciales en tu iglesia. Puedes imprimir y copiar todos los archivos (manuscritos, apuntes, etc.) como sea necesario, incluso adaptándolos para tus necesidades locales (personalizando los documentos para tu congregación). Es posible que existan enlaces en algunas de las clases que te dirijan a materiales protegidos por derechos de autor, pertenecientes a otras organizaciones.

Listado de clases esenciales disponibles: <http://es.9marks.org/clases-esenciales/>

Estudios Básicos



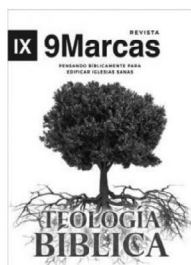
Roles Cristianos



Otros



Revistas





Edificando Iglesias Sanas

es.9marks.org